

Mirar lo diverso

“Todo puede ser de otra manera”



Edición gratuita |



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares.

Defensoría del Pueblo de la Provincia de Córdoba
Mirar lo diverso / 2a ed. - Córdoba : Defensoría del Pueblo de la
Provincia de Córdoba, 2022.

Libro digital, PDF - (Todo puede ser de otra manera / 2)

ISBN 978-987-98459-6-7

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Infantil y Juvenil
Argentina. I. Título.
CDD A860.9283

MENCIONES

DEFENSOR DEL PUEBLO

Mario Alberto Decara

DEFENSOR DEL PUEBLO ADJUNTO

Hugo Pozzi

AUTORIDAD DEL ÁREA PASANTÍAS Y PRÁCTICAS DEFENSOR DEL
PUEBLO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA:

Gabriela Magris

ORGANIZADORES DEL CONCURSO LITERARIO-FILOSÓFICO
"TODO PUEDE SER OTRA MANERA":

Mailén Araoz

Claudia Filippi

Lautaro Mansilla

Germán Romero

JURADO:

Laura Castagno:

Especialista en literatura juvenil e infantil. Profesora y licenciada en Lengua y Literatura española, Latín y Griego.

Lautaro Mansilla:

Profesor de Filosofía. Escritor. Facilitador de Biodanza. Integrante Área Prácticas y Pasantías del Defensor del Pueblo de la Provincia de Córdoba.

Mariana Picó:

Licenciada en Letras Modernas, tallerista, correctora y editora literaria.

Francisco Hernández Piotti:

Escritor, dramaturgo, tallerista de teatro.

INTRODUCCIÓN

En el año 2020, percibimos y reconocimos la necesidad de los jóvenes de expresarse, sobre todo en ese contexto de encierro e incertidumbre. En esa oportunidad generamos diferentes espacios de participación juvenil como puentes donde canalizar sus sentires, emociones, ideas, pensamientos.

Y así surgió la primera edición del Concurso literario-filosófico "Todo puede ser de otra manera", que concluyó con la publicación de un libro titulado "Relatos de jóvenes en Pandemia".

La invitación fue pensada para repetirse, por lo que en 2021 decidimos impulsar la segunda edición del concurso, cuyo eje temático fue "lo diverso", hoy plasmada en este nuevo libro.

Esta propuesta buscó incentivar en la juventud el pensamiento crítico y la pregunta en torno a lo diverso. Vivimos en un mundo cultural, social e identitariamente plural, y reconocer, visibilizar y aceptar estas diferencias es un ejercicio primordial para promover los derechos humanos.

El presente libro reúne 25 textos seleccionados por un jurado de especialistas y representan un conjunto de cientos de voces de jóvenes escritores y escritoras cordobesas que nos invitan a "mirar lo diverso" para reconocernos en la pluralidad. Mirar lo diverso para aceptarnos y contribuir a la convivencia y a la paz social; porque más que un concepto, creemos que lo diverso es un modo de vincularnos y vivir en el mundo.

El libro que tienes en tus manos es una manifestación de la fuerza creativa y la sensibilidad transformadora de la juventud, que nos interpela para que podamos abrirnos cada vez más como sociedad ante la multiplicidad de identidades y miradas. En definitiva, es un testimonio valioso que nos motiva e incentiva a seguir trabajando para lograr una sociedad más justa e igualitaria.

Mario A. Decara
Defensor del Pueblo de la
Provincia de Córdoba

PRÓLOGO

Más que un concepto, puede que lo diverso sea un modo de vivir el mundo. ¿Se puede congelar el mundo en una sola de sus formas? ¿Se puede decir que la realidad es del modo en que “yo” pienso y decido?

La diversidad es una invitación a hospedar y abrazar la otredad en todos sus matices y formas. Preguntar por “el otro” y aquello que nos diferencia de él es, al mismo tiempo, una pregunta que gira y retorna hacia nosotrxs, nuestras convicciones y nuestros modos de ser. Es también una pregunta acerca de ese mundo compartido con un otro que por momentos nos resulta tan lejano.

En este libro, las voces jóvenes aparecen como bandera de cambio y transformación: jóvenes dispuestxs a romper las estructuras vigentes para crear nuevas, desde el compromiso, el goce, la convicción y el afecto. Jóvenes que se arriesgan a pensar en otras maneras de mirar el mundo, de habitarlo.

Los textos seleccionados en este libro son novedosos, dinámicos, sorprendidos, y son muy distintos entre sí. Es muy difícil encasillarlos porque recorren caminos inesperados, hacen giros que nos despiertan todo tipo de sensaciones. En sus concepciones, en sus formatos, en sus estéticas, en sus narrativas y en sus poéticas, nos devuelven una pregunta sobre todo aquello que podría ser de otra manera. Porque ¿qué es la literatura sino una forma del lenguaje que libera a las palabras de tener que decir una sola y única cosa? ¿Y qué es la filosofía sino una forma del pensamiento que permite alojar la duda, la pregunta, los grises, los matices en cada uno de los modos en que el mundo se presenta?

Hay algo en estos textos que portan consigo el carácter de lo infinito. Infinito como ese desborde que nos invade cuando sentimos que la palabra es eterna, porque nos pone en contacto con la cualidad primordial del mundo: la diversidad. Porque, así como el infinito, la diversidad es aquello que permite que se expresen todas las posibilidades. Y si infinito es aquello que no puede morir, entonces podemos decir también que la diversidad es lo que nos permite seguir viviendo.

Laura Castagno

Lautaro Mansilla

Mariana Picó

Francisco Hernández Piotti

MIRAR LO DIVERSO

"Todo puede ser de otra manera"

FLORECER DESDE LA PIEL

Daniela Chesniuk..... 11

AQUEL SOY YO

Alejandro Arnold..... 17

DOS MÁS DOS ES IGUAL A CUATRO

Julieta Pérez Echeverría..... 23

MI GRAN PERFORMANCE

Lourdes Reyes..... 27

ESTAMOS MUERTOS DE MIEDO

Noah Paz..... 33

EL RECOLECTOR DE VIDRIO

Antonella Salas..... 39

VERDADES

Victoria Caravello Vanella..... 45

FOTOGRAFÍA ANTICUADA

Luciana Capdevila..... 51

NOSOTROS

Micaela Marconi..... 57

UN SER DIFERENTE EN EL PLANETA MÁS DIVERSO

Camila Chávez..... 65

ESCUELA DE SUPERHÉROES

Ana Lucía Conturso Nagy..... 69

RELATOS DE DIVERSAS MIRADAS SOBRE LA LLUVIA

Lara Bertoli..... 77

ENTRE CAFÉS ET CAFETIÈRES	
<i>Abigail Yazmín Picone Ambrosioni.....</i>	<i>83</i>
LO QUE CAMBIAMOS HASTA LA MUERTE	
<i>Lucrecia González.....</i>	<i>89</i>
LA HAMACA DOBLE DEL JARDÍN	10
<i>Agustín Anriquez.....</i>	<i>95</i>
¿EXISTE EL AMOR?	
<i>Aylén Milagros Platía.....</i>	<i>99</i>
LA MIRADA DEL ARTISTA	
<i>Lucía Candelaria Casaballe.....</i>	<i>105</i>
LO DIVERSO QUE ES AMARTE	
<i>Mailena Bianca Olmos Guerrero.....</i>	<i>109</i>
OFFLINE	
<i>Analía Estela.....</i>	<i>115</i>
INVISIBLES	
<i>Aldana Gabriela Galli R.....</i>	<i>121</i>
EL CASO DE ENZO EL RARO	
<i>Valentina Guiñazú.....</i>	<i>125</i>
LA BRUJA DE SINEJAD	
<i>María Victoria Horvath.....</i>	<i>129</i>
LA CAÑA Y LA TANZA	
<i>Elías González Basualdo.....</i>	<i>133</i>
METAMORFOSIS DE UNA MARIPOSA AMARILLA	
<i>Milton Engelland.....</i>	<i>141</i>
NO SÉ MUY BIEN	
<i>Carmela Trejo Rodríguez.....</i>	<i>145</i>

FLORECER DESDE LA PIEL

Daniela Chesniuk

Escribir desde el dolor, siempre escribí desde el dolor, siempre me vi desde el dolor, y no había otro color que el de una rosa marchita una tarde de invierno, u otro aroma que la falencia de un café frío en una mañana helada.

Recuerdo el día en que le puse nombre a lo que sentía, ya que en mi pequeña burbuja de casa no existían demasiadas palabras que pudiera romper sin que me señalaran los vidrios con bronca y reproche, así que mis primeros grandes escapes fueron gracias a mi primer y única notebook con acceso a Internet. En ese mundo tan amplio, tan repleto de cosas, tan de inercia, tan de falta de manual de instrucciones al lado, fui encontrando las primeras banderitas de colores que fueron abrigando mis ojos de identidad temblante; rechacé definiciones, busqué otras, leí personas, me encontré con el rechazo, con el odio, con el miedo, pero también con el abrazo, con la duda, con manos que te saludaban sin siquiera saber tu existencia, y entre tantos caminos virtuales todavía recuerdo aquella tarde en la que me brotó mi primera flor de tonos rosados, violáceos y hojas azules... «Soy bisexual», soltó mi yo de diecisiete años, y el mundo comenzó a crecer, y yo terminé temblando con orgullo e inercia.

No me atreví hasta los diecinueve años a decírselo a mamá, me acuerdo tardar como una hora hasta poder hilar una oración coherente en un audio en plena cuarentena, mientras ella estaba en el trabajo. Quizás me esperaba un abrazo y una cálida bienvenida, como esos videos que hasta hoy me hacen llorar cuando los encuentro, pero recibí cariño y una advertencia al mismo tiempo: «Mirá que la gente es mala, Dani, mirá que la gente es mala». Yo todavía tengo los ojos de una niña pequeña que llora cuando tiene sueño y que ve dragones de arcoíris en las nubes del cielo, pero mamá no lo sabe, así que tragué saliva, y mi flor azulada se encogió para no destacar demasiado.

En mi cabeza florecen las ideas hace tiempo, para mí los pensamientos son una jungla que explorar, o un pantano de arenas movedizas, que te abraza como para decir «para siempre» eternamente, y sigo sin saber a qué aferrarme. Por eso quizás ya me es suficiente con que crezcan ideas, que a mi pelo lo hago pasar por varias tijeras cada vez que no me reconozco en el espejo, y sé que mi niña anterior me miraría hoy con una mezcla de sorpresa y terror, porque de pequeña aprendí que lo único bello que tenía era mi pelo. Largo hasta la cintura, corte recto, lacio, castaño, me hice una armadura con cada filamento. Porque de cierta manera también me habían enseñado que mi cuerpo no encajaba, las pediatras haciendo análisis de sangre porque mi peso no era "normal", los niños con nuestros comentarios de hiel, que primero salen de la boca de un adulto consciente que sabe cómo hablar con dulzura

o cuándo el silencio es mejor, simplemente, para dejar existir; e incluso la familia, que quizás en un apuro te abrazó de más hasta hacerte daño. Por eso, para mí no había nada más lindo que mi pelo, hasta casi desaparecer frente al espejo en medio de unos cuantos mechones rebeldes, y quizás las primeras rosas de rebelión nacieron en la sala de espera de una peluquería. No guardo memoria de los mechones de pelo en el suelo ni de la cara de la mujer que cortaba y pasaba la máquina incentivada por el tiempo, solo recuerdo a las espinas de las rosas salir con libertad entre mi ser, porque una vez, tan solo una vez, había destinado el miedo para la fuerza, y esa pequeña melena castaña me decía a mí que era válida sin importar el corte, porque tenía algo más que mostrar al mundo que hegemonía.

Aunque las rosas de vez en vez se esconden un poco, «tan lindo que tenías el pelo antes», «qué lindo, pero ahora te lo vas a dejar crecer, ¿no?». Y me encantaría a mis veinte años hacerme la fuerte y decirle a la gente que sea feliz porque ya encontró la versión de mí que más les gusta, que la abracen, que la guarden y que me dejen a mí descubrir qué es lo que quiero ver en mí. Pero desde el dolor todo es más lejano, desde el dolor las rosas también se marchitan, como una tarde de invierno, como un café desolado, como una niña y un nudo en la garganta, como la inercia por una identidad bajo el silencio.

Y a veces sigo escribiendo desde el dolor. Hoy encontré mi pulserita rosa, violeta y azul al fondo de la cartera, mi madre la había sacado y ocultado mientras la sostenía al esperarme en una tienda de ropa, quizás para que no la vieran, quizás por el mismo miedo que me llevó a callar mucho tiempo y que a veces me da cuando quiero gritar lo que tengo que gritar. Mi yo de veinte años no dijo nada y se dio secretamente un abrazo, esos que le darías a una figurita de cristal para que no termine irreconocible en el suelo frío, pero mi niña interior lloró ruidosamente entre lágrimas de colores y pidió una explicación a mamá, con nuestras florecitas multicolores pegadas hasta el alma; mi niña sabe que desde el dolor no se vive, mi niña y yo sabemos que desde el dolor solo se abraza, así que le tendí los brazos más firmes que pude, para temblar con nuestras rosas heridas.

No quiero escribir siendo el dolor, no quiero escribir porque a mi identidad la insultan, la muerden, la hieren, la manchan. Quiero escribir porque me puedo permitir explorar la tristeza, la alegría, el amor, y quiero ser rapada, perforada, radiante, opaca, temblando envuelta en mi bandera rosa, violeta y azul. Quiero gritarle al dolor que venga para poder abrazarlo, para poder mirarlo con ojos de ternura, y que la herida no se transforme en odio. Porque tengo flores marchitas que tratar con cariño, tengo un jardín que en-

señar a mostrarse con menos miedo. Porque desde el dolor, desde el dolor mi
niña y yo sabemos que no se puede, porque desde el dolor nos enseñaron que
se hiera, y nosotras queremos mostrar que desde el dolor también se abraza.

AQUEL QUE SOY YO

Alejandro Arnold

Miguel se acercó al ascensor que se ubicaba en el extremo oeste de la torre sur del Centro Universal del Comercio, más conocido como CUC. Apuró el paso cuando vio que las puertas comenzaban a abrirse. Tuvo mucha suerte y se consiguió un lugar en la pequeña caja de metal. Su camisa blanca se encontraba en óptico contacto con otras camisas blancas, llevadas por otros hombres igual de altos e igual de callados que él. Dentro de aquel reservorio dominaba un poderoso perfume de etil-vainilla. Miguel se sentía tan incómodo entre otros humanos que intentó calmarse sintiendo el aroma. A duras penas lo logró, pues su nariz estaba demasiado acostumbrada a él.

Finalmente pudo ser expulsado del ascensor cuando este llegó a la planta baja. Todos salieron disparados para juntarse después frente a las puertas principales de la torre. Luego, se dirigieron casi en fila india al estacionamiento. El sol en el cielo apenas pasaba el cenit. Miguel tuvo la repentina sensación de que no debería estar saliendo del edificio. Miraba hacia la barrera entre la construcción y la bóveda celeste con una bruma tremenda. Sentía que de hecho él debería estar allí arriba, en el nivel noventa y dos, revisando por enésima vez el presupuesto de la empresa. Ese sentimiento de que cada vez que salía de la torre estaba dejando su vida detrás lo ponía en un estado deplorable. Miguel se dirigió hacia el estacionamiento. Tomó de su bolsillo un pequeño objeto circular, de dimensiones y aspecto similares a una galleta rellena, y presionó el gran botón verde en el centro del artefacto. Un silbido desde la otra punta del parque lo condujo a un coche rojo con la matrícula específica que a él y solo a él le correspondía. Por un momento se sintió aliviado al recordar al grandioso inventor de aquel sistema de ubicación. De no ser por este, Miguel podría muy fácilmente haberse llevado el coche rojo de otro Miguel.

Al salir a la avenida y pasar exitosamente los primeros tres semáforos, se encontró en el engorroso suceso de los días viernes. Un embotellamiento que siempre tardaba más de dos horas, pero nunca más que tres, se encontraba frente a él. Tan rápido como pudo Miguel mirar a través del espejo retrovisor, infinidades de automóviles rojos ya se encontraban detrás del suyo. El conductor del coche inmediato detrás de él lo miraba con cara de sopor, con esos ojos negros que él también tenía. Miguel observó su cabello, estilizado con la ayuda de un cuenco y tijeras de oficina, y como el conductor lo tenía un poco alborotado no pudo evitar mirarse en un verdadero espejo para comprobar que en realidad su pelo sí estaba bien arreglado. Entonces encendió la radio y trató de concentrarse en las sedantes pistas musicales que algún Miguel allá en lo alto de la colina, donde se encontraba la estación transmisora, creía oportunas para hacer más llevadero el embotellamiento que se vivía en

pleno centro de la ciudad.

Entonces Miguel recordó que no podía escaparse al bosque sin más. Aún tenía que pasar por su apartamento cápsula para buscar víveres con los que subsistir el fin de semana. Además, si no iba al baño pronto, el camino de ida a su cápsula de campo iba a ser difícil de disfrutar, al igual que el viernes pasado, y que el anterior, y el anterior a ese. No conseguía recordar con certeza algún momento en el que el recorrido le hubiese sido agradable, pues siempre estaba preocupado por algo diferente de lo que tenía enfrente. Acto seguido recordó que en el baúl del diminuto vehículo había guardado insumos de reserva, previniendo desde hacía meses aquella inoportuna situación.

Miguel cobraba su salario semanalmente, así como lo hacían todos los demás. El dinero era muy escaso. Solo alcanzaba para intercambiarlo por el equivalente diario de un paquete de cigarrillos mentolados y un cuenco de arroz instantáneo fortificado artificialmente. Ahorrar era casi imposible. Lo bueno era que muchos gastos estaban cubiertos por su empleador, por lo que ni a él ni a nadie le era necesario comprar una morada digna, gastar en combustible, pagar la electricidad o preocuparse por el seguro o la lavandería. Miguel se sentía orgulloso de ser un empleado fiel a esa buena mano que le daba todo lo que necesitaba para subsistir. Hacía décadas la empresa le había asignado un apartamento de unos deslumbrantes ocho metros cuadrados y una cabina privada en el bosque tropical de coníferas a una hora de la ciudad, al igual que a todo el resto de los empleados.

Los minutos pasaban más fácilmente con ayuda de la música demodulada en el aparato del auto. Los días viernes siempre se sentían como un suplido para Miguel. No solo se veía obligado a abandonar su vida por cuarenta y ocho horas consecutivas, sino que además tenía que soportar ver a otras personas mostrarse contentas durante esos momentos. No quiso hacerse esperar más para vaciar la vejiga. Movi6 la llave en el tablero del automotor y un pitido le confirmó que había puesto la máquina en modo embotellamiento. Los ingenieros de la fábrica habían sido muy considerados, pensó, ya que esa modalidad hacía que el auto avanzara automáticamente hasta quedar a un metro del carro de enfrente cada vez que se movía. Entonces se bajó y volvió al edificio para poder desaguar, sabiendo que siempre que quisiera volvería y su auto aún estaría en el embotellamiento, y podría ubicarlo con el control remoto. El CitiCar rojo también era propiedad de la empresa, y aunque estaba permitido utilizarlo en los días de franco, eran tan pocos que siempre pasaba las veinticuatro horas estacionado en la playa del CUC.

El día domingo era, para muchos, un día genial en el que todos se juntaban a comer algo o a pasear por las maravillas de la ciudad. Miguel pensaba todo lo contrario. Era el día en que todos estaban ocupados fingiendo disfrutar, y no había peor cosa para él. Apenas se despertó en su cabina del bosque con el sol en la cara, desinfló el colchón y apartó el cajón retraíble en el que se encontraba. Un catarro feroz lo tomó por la espalda. Se desesperó por encontrar el sobre de papel que mantenía el tabaco en óptimas condiciones. El ahogo se calmó al encender el primer cigarrillo. Cuando por fin dejó de toser pudo apreciar por la única ventana circular cómo un hombre en pijama en la cabina del otro lado del camino tenía problemas con su encendedor automático, y no paraba de sufrir igual que él hacía instantes.

De repente, Miguel observó algo peculiar. Por la misma ventana fijó su vista en un ser extraño que se encontraba caminando por la banquina. Parecía ser una aparición, pero era tridimensional y opaco, como todo lo demás, por lo que descartó esa idea. Llevaba vestiduras de lino, teñidas con lo que parecían ser hojas de plantas silvestres. Caminaba con los pies desnudos y en la cabeza su cabello era de un color que Miguel jamás pudo nombrar. Una mueca se le formó en los labios. Luego, una arcada la acompañó. ¿Qué era esa figura extraña, que tenía pies como él, que tenía manos como él? ¿Por qué no llevaba su uniforme? Al mirarla más en detalle (y esto fue posible porque la cosa pasaba en frente de él) notó que el cuerpo de aquel ser tenía volúmenes, formas, curvas diferentes a las de cualquier ser humano. Miguel era humano. Era igual que cualquier otro, y eso lo volvía humano. ¡Aquella era una criatura verdaderamente rara! Mas el asombro le duró poco, ya que pronto dio paso a un vil sentimiento de angustia en el centro de su pecho. Su mueca se torcía más, tendiendo a deformar el rostro de proporciones matemáticas y humanas de Miguel.

Entonces salió de la cápsula. Se dirigió al CitiCar y abordó en él, no sin antes ubicar un bidón de gasolina que guardaba de repuesto cerca del asiento principal. Encendió otro cigarrillo para perder tiempo, y cuando la cosa se encontraba a una distancia prudencial, prosiguió a seguirla hasta donde esta lo llevara. Manejó por horas. Siempre yendo a una velocidad ínfima, para que aquel ser no fuera a darse cuenta de que estaba siendo perseguido. Entonces el bosque ya no era bosque, y la carretera había desaparecido. La figura seguía caminando, paso a paso, tarareando una melodía que a Miguel le resultaba empalagosa. Se encontraban ahora en un bioma que Miguel jamás había visto antes. Un llano inhóspito, ventoso y seco, lleno de polvo y alérgenos que hicieron del trayecto algo inaguantable. Dos horas después parecía que la mueca se le comenzaba a deshacer del agobio, cuan-

do la cosa se dio vuelta. Entonces Miguel pudo ver con detalle cómo la cara de la extraña aparición no se parecía en nada a las caras de los seres humanos. Sus ojos no eran sus ojos. Su boca no era su boca. Sus manos no eran sus manos. Ni su pelo, y seguramente tampoco su voz. No fumaba cigarrillos mentolados, no andaba en CitiCar. Seguramente no trabajaba para ninguna empresa, y aun así la figura se veía más auténticamente feliz de lo que él jamás podría haberlo estado. Fue entonces cuando Miguel agarró el bidón con una mano, se bajó del automóvil con su encendedor en la otra y dejó que el odio se apoderara de él.

DOS MÁS DOS ES IGUAL A CUATRO

Julieta Pérez Echeverría

«Dos más dos es cuatro», se repetía siempre para sí. «Y como dos más dos es igual a cuatro, por consiguiente, cuatro es igual a dos más dos», concluía. En estos dos simples razonamientos lógicos se resumía su pensar, y a través de ellos explicaba todo lo que la rodeaba.

Lo aplicaba para todo: cada fenómeno tenía sus propias causas, que acarrearaban una serie de consecuencias, y, por consiguiente, las consecuencias que observaba eran explicables a través de un conjunto de causas. ¿Por qué el mundo en el que vivimos es como es? «Porque dos más dos es cuatro», contestaba con firmeza, queriendo decir que tanto ese porqué, como cualquier otro, debería tener una explicación lógica, simple y certera, tanto así como que dos más dos es igual a cuatro.

Era su ley elemental, no solo para interpretar el mundo natural, como el suave volar de los pájaros, la turbulenta corriente de un río, el florecer de una amapola o el estallido de una furiosa tormenta; sino que también entendía a través de ella los acontecimientos humanos, como una sangrienta guerra, o hasta los cambios de su propio sentir, su tristeza y su alegría.

Le interesaba la ciencia y la literatura. Su materia favorita en el colegio era Física, y en sus ratos libres le gustaba leer poesía. Solía decir que la escritura en verso era para ella la lengua matematizada, pero que solo aquella poesía cuyas estrofas estaban organizadas de a cuatro versos eran las que poseían belleza, pues dos más dos es igual a cuatro. ¿Y cómo debía ser algo para ser considerado bello?, se preguntaba. Aún no lo sabía, pero estaba segura de que tenía que ver con que dos más dos era igual a cuatro.

Se preguntaba también por la libertad y la verdad. Desperdiciaba el tiempo divagando por las olas de la realidad y de la filosofía en su botecito construido en base a que dos más dos era igual a cuatro. ¿Hasta qué punto somos libres?, se cuestionaba; pero aún primero debía preguntarse qué era la libertad o qué entendemos por ella. Esta era una cuestión sobre la que ya había reflexionado varias veces; y en ocasiones como esta se ensimismaba tanto con una pregunta que terminaba frustrada, cansada de remar incontables veces por las mismas aguas sin conocer mar ni tierra nuevas. Pero no podía hacer nada, se decía a sí misma, pues al final dos más dos seguía siendo igual a cuatro.

La vida se tornaba monótona, perdía su esplendor. Alegría o dolor, vida o muerte. Todo daba lo mismo, porque siempre la suma de dos más dos iba a dar igual a cuatro, tan insistentemente que casi provocaba que hasta el cuatro perdiera su sentido de ser y de existir.

Una mañana, estaba esperando el colectivo en la parada, como usualmente lo hacía para ir al colegio, y en su cabeza resonaba la pregunta: ¿qué es la verdad? «Dos más dos es cuatro», decía, «eso es verdad»; y, sin percatarse, comenzó a susurrar en voz muy baja el interrogante y sus presuntas respuestas. Un niño la oyó y se sumó a su conversación diciendo: «uno más tres también es cuatro», mientras sumaba las cantidades con los dedos de sus manos.

Ella se quedó atónita y le tomó unos segundos reaccionar a lo que le había dicho el pequeño. El niño prosiguió: «dos por dos también es cuatro, o cuatro por uno es cuatro, o cuatro más cero es cuatro, o dos más tres menos uno también es cuatro...».

Sus declaraciones le habían caído como un balde de agua fría. ¿Cómo puede ser que existan tantas verdades? La verdad era que dos más dos era igual a cuatro, y eso no iba a cambiar nunca, pero también era verdad que cuatro era igual a uno más tres, o a seis menos dos, o a cuarenta dividido diez, o a la raíz cuadrada de dieciséis, a cuatro menos cuatro más cuatro menos cuatro más cuatro, y a una infinitud de posibilidades innumerables en su totalidad.

Comprendió entonces que su ley elemental no era más que la única verdad de su realidad acotada, que la había enceguecido de los encantos de la vida. Le había provocado negar la enorme variedad de operaciones que dan por resultado cuatro, y con ello también se privó de la belleza y gracia de vivir, del placer de disfrutar de la diversidad y navegar nuevos mares.

Ningún hombre puede ser dueño de la verdad, porque la verdad es por sí misma. Mas sí podemos conocerla y cuestionarla, dialogar con ella y ahondar en sus profundidades. Y la verdad y la vida van de la mano de su amiga la diversidad, porque las diferencias son lo que enriquece nuestras experiencias y avivan el deseo de vivir.

Tras ese día, se enamoró perdidamente de los que la rodeaban, de las matemáticas, de la literatura y de la vida. Se embarcó otra vez en su botecito, esta vez basado en que cuatro puede ser igual a muchas cosas, y con los ojos fijos en lo diverso y llena de esperanza navegó nuevamente el oleaje, porque todo puede ser de otra manera.

MI GRAN PERFORMANCE

Lourdes Reyes

«La literatura en realidad es un arte oral y la música es el arte del discurso que pocos creen entender, esta obra tiene tanto de literatura como de música, y de alguna forma siento que les estoy hablando claramente cuando interpreto esta canción». Repetía una y otra vez eso en mi cabeza, mientras bajaba las escaleras para tomar mi desayuno. Era algo común, algo que solía hacer como una especie de mantra o cábala. Recordar cuáles serían mis palabras de apertura en los conciertos me daba seguridad. Me hacía creer que estaba cien por ciento seguro de lo que estaba por hacer en los próximos cuatro minutos y treinta y seis segundos.

Me hice un café. Miré un poco por la ventana. Relajé los músculos y respiré hondo, dejé que todos mis preparativos mentales se desarrollaran con tranquilidad, aunque era seis de diciembre y, como cada seis de diciembre, la mesa estaba atestada de libros y, en medio de estos, mis hermanos estudiando para rendir. Esta vez estaban animados, conversaban efusivamente como si nunca antes hubiesen notado la forma tan agresiva en la que los contenidos de sus diferentes materias se relacionaban.

Julián se llevaba una previa distinta cada año, Guille se estresaba mucho en octubre y terminaba dejando la carpeta vacía. Ahí estaban los dos esperando que alguien los pusiera a estudiar de nuevo, como si no tuviesen que rendir dentro de poquísimos días. Seguían conversando de cualquier cosa, creando historias incoherentes y absurdas entre Descartes e Yrigoyen, como para decir algo relacionado con lo que estaban estudiando. Julián era el mayor por unos doce minutos y... en realidad, Guille era mayor de todas formas. El mayor es quien empuja al menor para hacer espacio y así nacer, la verdad es que nunca sabremos quién es el mayor exactamente.

Llegué para verlos conversar, me pareció curioso que en un momento en el que yo solo quería silencio no me molestaran para nada sus inquietudes adolescentes. Me apoyé en mis codos justo en el descanso de la cocina y puse el café justo delante de mi cara, como esperando que el vapor me desapareciera algo, un poco, un rato.

-Javi, ¿cómo estás?, ¿listo? Supongo que esto es demasiado easy para vos.

-Estoy listo, siempre lo he estado. Un Chopin. Un nocturno. Es cosa fácil
-respondí casi estático.

Le di un sorbo a mi café y dejé cultivar un silencio para darle más énfasis a mi pretenciosidad. En ese momento creí que tendría la capacidad de seguir alabando todas mis cualidades musicales, pero estaba demasiado aterrado

como para seguir mofándome. Abrí los ojos y traté de que Guille no notara mi expresión, ella era como un espejo, tarde o temprano terminaría por pasarle todos mis nervios y no quería ser la razón de sus aburridos veranos.

-¿Pasa algo? -preguntó finalmente mi hermana.

-Tengo miedo.

Firmé mi sentencia. Inmediatamente, Julián comenzó a reír tan ruidosamente que me sorprendí. Sabía que no tenía malas intenciones, seguramente solo le daba risa el contraste de nuestra conversación, pero de todas formas no pude evitar hacerle una mueca de completa desaprobación. Al verme con esa expresión tan seria, Julián rio más fuerte. Eventualmente, yo también sonreí con él. Guille solo levantó una comisura, sabía que estaba esperando una explicación y entonces decidí hablar con honestidad.

-Bueno, Guille, es una obra que sé desde que tengo tu edad, y eso quiere decir que es demasiado famosa, muchos compañeros la tocan y seguramente se repita más de una vez en este concurso. Sé que ellos lo harán mejor que yo... -me trabé con mis propias palabras.

Esa simple frase terminó derrotándome por completo en medio de su enunciado, no podía creer lo fuerte que había retumbado eso en todos los cuartos de mi mente, y seguía latiendo y espaciándose. Era un parásito mental. Sin darme cuenta, el tenor de la conversación había vuelto a cambiar de golpe, lo sabía. Los vi.

Guille terminó por girar sobre su silla, sembrando mi silencio sepulcral. Me hubiese gustado escuchar alguna ocurrencia de Julián, pero respetó completamente el momento, también notó mi preocupación y terminó por hacerla suya.

Después de un rato se miraron pidiendo pistas hasta que, haciendo más memoria, siguieron el hilo que corté.

-Bueno, pero... vos siempre decís que todos los conciertos son distintos, ¿o no?

-Es verdad eso. Nosotros no sabemos nada nada de música. Es más, la última vez que fuimos a verte nos dormimos con todos los demás participantes, pero cuando llegó tu turno... bueno, solo nos dio sueño, pero fue diferente, te escuchamos practicar todos los días y aun así fue diferente. ¡Y eso que para mí todo suena siempre igual!

Guille parecía muy feliz con las palabras que habían brotado del interior de nuestro hermano, parecía que ambos habían tenido la misma idea o, aunque sea, la misma intención. Y fue maravillosa.

Sabía que los tres estábamos perdiendo tiempo valioso, por esas épocas era raro que la casa estuviese tan calma, son tiempos complicados llenos de estrés y calor. Terminé mi café, despedí a mis hermanos y salí cerrando con llave la puerta de entrada. Era una mañana ventosa, iba elegante, con un outfit perfecto total black y un leve delineado debajo de los ojos, que siempre me da más brillo a la mirada. Sentía el miedo persiguiéndome desde la cocina, sacudí las piernas con toda la elegancia que mi ego podía manejar (¿o con todo el ego que mi elegancia podía soportar?). Era gracioso, porque estaba huyendo de algo que de todas formas iba a encontrarme al lado del taburete.

Sabía que había pasajes complicadísimos y otros que aún debía memorizar, esas semicorcheas que se me enredaban entre los dedos y aquellos puntillos que a veces me costaba contar, yo sabía que necesitaba los dos pedales y por eso no tendría mi pie libre para marcar el pulso. Había practicado por semanas, la obra salía perfecta, pero sabía que allí iba, sin partituras por más que me faltaban cosas por memorizar, por contar y por marcar.

Luego recordé la intención de Guille y las palabras de Julián, fueron sinceras, sentí que me querían decir algo que de alguna forma ya sabía.

En ese momento, sé que no tenía otra cosa en la cabeza que no fuera Chopin y lo que había pasado hacía dos minutos. Mi paso no era ni apurado ni calmado, simplemente estaba allí, con la cabeza en cualquier otro lado. Entre mis pestañas se escabulló una sensación que llegó a mi mente casi como un pensamiento intrusivo, era el recuerdo de una clase de música.

Mi profesor, cansado de que nadie le diera bola o fascinado por los cuatro fans que tenía al frente, comenzó a navegar en voz alta por su mente. En eso, mientras los del fondo se pasaban el mate y las galletitas, sus cuatro fans estábamos mirándolo callados y atentos. Dijo algo que me llenó de inspiración, casi como lo que dijo Julián. Las palabras de ambos genios se entrecruzaban en la atemporalidad de mis recuerdos.

«Uno nunca se baña dos veces en el mismo río, porque el río nunca es el mismo y uno tampoco». Lo tiró al aire, esperando algo de sus cuatro fans. Me quedé en silencio mientras los otros tres chicos acotaban ideas muy buenas. Quizá se me hubiesen ocurrido a mí, pero jamás las diría, yo solo quería

estar expectante.

Sé que recordaba todo el debate, incluso su tono de voz, los comentarios en off, ¡incluso la marca de galletas de los chicos del fondo! Pero en ese momento mi mente solo decidió mostrarme aquella frase.

«Crear es un acto solemne, pero interpretar es un acto de empatía e intelecto, de la forma más diversa en la que podrían coexistir».

Recordar ese segundo me hizo cuestionarme mi identidad como intérprete. Soy un pianista virtuoso, lo sé, pero eso no es lo que puede hacerme ganar entre otros pianistas virtuosos. La partitura parece un parámetro rígido donde todos tenemos que calcular cada compás.

Me di cuenta de que todos estábamos leyendo las mismas hojas del mismo autor, para el mismo instrumento, y aun así, por más que lo intentábamos ensayo tras ensayo, jamás sonaba igual a Marta Argerich. Aquella sensación que me llenó de angustia por años de práctica musical ahora me hacía sentir tranquilo... libre.

Sentí que no tenía de nada de qué preocuparme. Esas razones me dieron paz para volver con Chopin.

Me daba cuenta de que cada pasaje se convertía en un rostro conocido, aquellos trinos seguidos con el bajo caminante me mostraban el carácter de una personita. El pedal me decía cuándo respirar y la importancia de sembrar un silencio. La obra entera tomó forma de conversación. No podía evitar ver a Guille y Julián en esos sonidos, estaba condenado, pero eso me gustó. Estaba seguro de que nadie vería lo que yo.

Aún faltaba media hora. Volví a respirar. Estaba ansioso por mostrar mi gran performance.

ESTAMOS MUERTOS DE MIEDO

Noah Paz

-Estamos todos muertos de miedo.

Tenía su reflejo delante, con la yema de los dedos tocando el frío cristal, justo donde se suponía que estaba su corazón.

Había un escudo, una burbuja de concreto que rodeaba su cuerpo pero dejaba pasar la luz. Algo sólido e invisible, como la negación.

¿Qué resulta de una persona que se pasa la vida como testigo de la humanidad? Sumado al hecho de que los años no supieron llevarse su presencia, de que el "todos somos inmortales hasta que se demuestre lo contrario" se volvió demasiado cierto. Tenía unas ganas de que alguien demuestre lo contrario...

Lo que veía ahora había dejado de tener sentido.

Le temblaban las manos, sonreía porque eso le habían enseñado a hacer mientras lloraba. No su madre o algún amigo, no tenía nada de eso. Al maestro le llamaba dolor.

Cuando te volvés intocable, sos incapaz de tocar.

Incluso si quisiera romper el espejo, sabía que seguiría intacto, burlándose. Así que le habló.

-Me dio gracia que pensaran que no podía entenderlos. Veía más en ellos de lo que eran capaces de captar por sí mismos... Los humanos son todos únicos, seguro que sí. Pero hay algo que los ata. No es su cuerpo, su forma de existir en este planeta, o el trozo de carne dentro de su cráneo que mantiene gran parte de lo que son. Nada de eso. Están todos muertos de miedo.

-¿No querrás decir: «estamos»? -su reflejo le corrigió.

-Estamos. Y por eso vas a quedarte justo ahí, y yo también. Por eso no le contaré a nadie que esquivar la muerte es más fácil de lo que parece, solo nosotros dos podemos saber cómo, ¿sí? Porque estamos muertos de miedo.

-¿De qué?

-De lo desconocido. -El reflejo asintió, de acuerdo, permitiéndole proseguir-. No hablo de esos países que de solo nombrarlos dan escalofríos, porque se sabe el infierno que suponen. O de épocas pasadas inundadas de atrocidades. No. En todas partes hoy seguimos como si el tiempo no nos estuviera enseñado nada. Pensar, actuar, respirar diferente es un peligro. La muerte ni siquiera es el peor de los casos. Las personas tienen tanta imaginación cuan-

do se trata de la tortura. Siempre la han tenido.

Si fuera su último discurso, a lo mejor habría llorado un poco más.

Pensó que sería misión imposible encontrar alguien que pudiera horrorizarse con las historias que tenía que contar. Una anciana a quien le prenden fuego por ser asiática, un chico apedreado hasta la muerte por ser gay, mujeres tratadas peor que objetos, bebés que se habían ido del mundo siendo abusados por adultos.

Tantos factores que hacían a alguien blanco de odio. Género: si lo descubrieron después de nacer o si nacieron mujeres; sexualidad: cualquiera menos la etiqueta de "heterosexual" era monstruosa; país de origen: ser inmigrante y no parecer europeo podría costarte la vida. Ser neurodivergente, muy viejo, muy joven, tener alguna discapacidad, creencias fuera de las mayoritarias a tu alrededor, y un abrumadoramente extenso etcétera.

¿Era siquiera posible? No, peor, se repetía. El bucle de la violencia con raíz en el pánico por la incertidumbre. Qué ridículo le sonaba.

Esas de verdad eran "justificantes".

Interminables casos de homicidios atroces por razones que no comprendía. Sucesos que hacían a la parte de fallecer, la mejor.

No le enojaba, más bien era una tristeza calma en el fondo de su alma. ¿Cómo podría alterarle? Era algo que llevaba milenios presenciando. El holocausto se quedaba corto cuando sumaba desastres. Individuos tan destrozados por dentro que eran capaces de poner a prueba los límites de su escasa empatía, para enterarse de que al final no tenían ninguna. Tan vacíos. Perdidos.

Cuando lloraba por los humanos, se daba cuenta de que aquel odio aparentemente injustificado llegaba a un punto en común. Algo que alteraba el idóneo escenario de ser todos diminutas copias de los demás. Le había asqueado durante sus primeras décadas allí.

Era el miedo a lo diferente lo que desataba la sed de sangre, de genuina tortura, en aquellos animalitos que creían dominar la Tierra.

Y no paraba.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó su reflejo, afligido de tanto leerle la mente.

-Nada. ¿Te imaginas su reacción ante un inmortal? Yo sí. -Su cuerpo entero se estremeció de solo suponerlo-. Pruebas de laboratorio, carpetas gubernamentales etiquetadas como confidenciales, celdas, vivisección, agujas y muchos papeles. Caos, guerras, solo para poseerme e intentar descifrarme. No, gracias.

-¿Qué tenés para perder?

-Nada, más que la libertad. Moriría por ella y viviré resguardándola.

Claro, no tenía alternativa en realidad. Ser valiente era fácil cuando las balas hacían cosquillas.

Se puso de pie, con una mano aún en el espejo. Besó su superficie por un segundo antes de alejarse. A caminar y mirar a las personas hasta que destruyeran su raza de una vez por todas. Pensó que al mundo le vendría excelente. Se detestó por seguir amándolos, después de todo. Como querer a un perro rabioso con la boca llena de sangre de un conejo inocente. Difícil, pero inevitable. Los entendía tanto que dolía, había sido uno de ellos. Había odiado, había sentido la furia sofocante en el fondo del pecho, la indignación y el anhelo de justicia por mano propia. Ya no.

-¿Volverás? -Escuchó a su reflejo murmurar, le estaba dando la espalda.

-Cuando la exuberante belleza de lo diverso deje de ser ignorada.

-¿Nunca?

-Un poco de esperanza -le pidió a su clon con una sonrisa que nadie podía ver.

-¿Vale la pena?

«Ojalá los espejos supieran hacer más que preguntas», deseó.

Aquel ser inmortal se abstuvo de contestar, prefirió no decidir entre lo que quería creer y lo que pensaba, entre lo que podría ser el acto despiadado de la lógica y el alivio injusto, poético, de una ilusión. Porque estaba muerto de miedo.

EL RECOLECTOR DE VIDRIO

Antonella Salas

Son las cuatro y media de la madrugada, y camino por las calles de Buenos Aires como un vagabundo, como si no tuviese la llave de un departamento al cual regresar y seis llamadas perdidas de mi mamá. Ciertamente, parezco un pobre vago de la calle, buscando botellas de vidrio entre las bolsas de mugre que deja la gente. Mientras trato de ser silencioso, siento el gélido viento besarme el rostro, a la par de pensamientos extraños que rondan por mi cabeza. ¿En qué debería pensar uno cuando busca botellas de vidrio en la madrugada? ¿Debería estar pensando en mis padres? ¿Tal vez en la escuela? ¿O quizás en mi futuro?

Ah, qué gusto pensar en el futuro. Cuando se es chico uno piensa que puede ser cualquier cosa, que puede ser un superhéroe que salva el día, un jugador de fútbol profesional jugando junto a Messi, e incluso que se puede ser el mismísimo presidente, como si no hubiesen mil y un problemas de por medio. Yo, de chico, en cambio, me hacía el especial diciendo que quería ser pastor en una iglesia, después decía querer ser profesor de gimnasia o cocinero en un restaurante; nunca pensé en ser un (prácticamente) adulto de 19 años que trabaja vendiendo papas fritas y que se mete en la basura a buscar vidrio cuando se le da la gana.

Quisiera poder decir con cierto orgullo que fui el primero al que se le ocurrió esto de "juntar basura", pero no es así. El primero fue don Roberto o, como lo apodaban por ahí, el Recolector de Vidrio. El señor iba todas las noches a buscar entre la basura de los vecinos botellas de distintos colores y tamaños, las juntaba todas en una bolsita de tela que se cargaba al hombro y regresaba por el mismo caminito que hacía entre las casas.

«Y... estará buscando algo para chupar», decía mi madre cada vez que pasaba por nuestro barrio y hurgaba nuestra basura. Para ese entonces, yo era un pendejito de 9 que lo espiaba por la ventana y al que retaban por ser chismoso. A decir verdad, siempre tuve intriga por conocer al señor a fondo. Quería saber qué corno hacía con el vidrio que se llevaba a la casa, si es que vivía en una, porque nunca lo había visto salir de ninguna de las casas que había en el barrio.

Fue un día de verano, me acuerdo como si fuera ayer, que agarré un cuaderno y me creí un detective que revelaría el secreto del Recolector de Vidrio. En ese tiempo estaba de vacaciones, así que mi papá solía convencer a mi madre de dejarme quedar despierto hasta tarde. Además, el barrio en esa época no era peligroso como ahora, por eso todos los chicos de mi edad jugaban en la calle hasta la hora de la cena o hasta estar cansados. A eso de las 12 llegaba él, con su chaleco verde pantano gastado, su gorrito azul de lana

mal tejida y su característica bolsa de tela; todos los chicos se iban cuando pasaba y volvían a jugar como si nada cuando se iba. Pero yo no quería jugar, yo quería investigar.

Con el paso de los días fui descubriendo muchas cosas sobre él, como que tenía 56 años, por ejemplo, que usaba la misma ropa casi todos los días, y mucho más. Sin embargo, lo que sí me sorprendió fue descubrir que vivía en la calle. Era un homeless, como diría un gringo; tenía una frazada con la que se tapaba para dormir en los banquitos de una plaza y juntaba unos pesitos para comprarse algo de comer de vez en cuando. Cuando descubrí todo eso me acordé de una clase que la seño nos había dado sobre la diversidad, sobre los distintos tipos de personas, culturas y religiones que había y que debíamos respetar por igual. Ahí me di cuenta de que las personas sin hogar eran uno de esos tipos de personas y que no había que buscar al otro lado del mundo para encontrar la diversidad de la que la seño hablaba. Me sentía triste, pero ¿por qué? Si lo que quería era investigar al Recolector de Vidrio... Y lo había logrado, era lo peor.

Todavía me acuerdo del día en que me animé a hablarle por primera vez, le pregunté qué hacía con las botellas de vidrio, como el niño curioso que era. Nunca creí que él me llevaría a un galponcito abandonado, en donde había mucho vidrio roto, botellas por cada esquina y una tela enorme que cubría algo más grande. Me dio permiso de levantar la tela, y nunca me voy a olvidar de lo que vi: era un cuadro. Un cuadro hecho de vidrios rotos. No un cuadro feo, no, era uno hermoso. Flores de vidrio y un cielo de cristal se reflejaban bajo la luz escasa del galpón, como si fuesen lucecitas que se iban apagando poco a poco.

El señor me contó que la esposa y los hijos lo habían dejado hacía 12 años por su adicción al alcohol, y por ser un «viejo borracho», según sus palabras. Perdió la custodia de los neños, se quedó sin casa y no le quedó más opción que dormir en la calle. Me dijo que las primeras noches fueron difíciles, pero que con el tiempo se acostumbró. Eso me dio pena, pero me hizo entender la tristeza que cargaban esos arrugados y cansados ojos.

Ya lejos de todos mis recuerdos, en el presente (que creo que cuenta como futuro), el Recolector de Vidrio ya no está. Falleció hace unos 5 años, de viejo, su pobre cuerpo no aguantó más y una noche se fue tranquilo, sin hacer ruido. El día de su funeral, me sorprendió que todo el barrio le pagara un funeral para su descanso eterno. Buenos Aires se había quedado sin un triste artista.

Y es ahora que, juntando vidrio como lo hacía él, para hacer el mismo arte que hacía y recordar su vida, me acuerdo de sus palabras:

«Una botella de vidrio es como un corazón». ¿O era el corazón el que era como una botella de vidrio? Agh, no me acuerdo. Lo que sí sé es que ninguno vuelve a ser el mismo una vez que se rompe. Habrá quienes intenten lastimar a las personas con las partes rotas, pero también existirá gente que recoja cada pedazo y le dé un nuevo uso. Un uso hermoso.

VERDADES

Victoria Caravello Vanella

Ella es rara, dice la madre.
Que no encaja con los pibes,
dice el padre.
Cariñosa la nena, lástima que es atea,
le dice su abuela a la peluquera.
La rubia grita.
Nadie me entiende, dice enfurecida.

El tío Pocho no comprende
por qué la flaca no come
durante el asado de los viernes.
Mientras se prepara la ensalada,
la linda lo mira y ruega,
¡que este tipo entienda
que no quiero matar a las vacas!

Sábado a la tarde,
la amiga de la madre sirve el mate.
Se atraganta con la yerba
cuando escucha que la nena
se fía de la posición de las estrellas.

El domingo en la mesa,
el tío Pocho y la abuela
se agarran la cabeza
cuando escuchan que la nena
no decide la carrera.

Ya el lunes a la tarde,
los vecinos en la plaza
comentan qué pasó el fin de semana.
Prometen rezar por aquella
que quiso probar nuevas experiencias.
¡La vi con otra chica!, chismosea la vieja.
¿Qué va a hacer la abuela para recuperar a su
nieta?

El martes a la mañana,
en clase de Cristiana,
los chicos discuten el futuro del alma.

Callada se queda
porque piensa:
Capaz apenas muera,
mi alma aprovecha
y nace de vuelta.

Su amiga no entiende
por qué prefiere
no salir el miércoles.
¡Déjame, Marta!
Me quedo en casa, con Uma que ladra.
Si la deajo sola, me extraña.
Se excusa la rubia,
con 0 ganas de una birra en la Cañada.

Rápido se levanta
el jueves a la mañana
para ir a meditar.
Su psicóloga le explica
cómo poner la mente tranquila.
Su papá no entiende,
se queja,
la nena gasta plata
en puras huevadas.

La vecina mientras se baña
escucha por la ventana
los gritos en la casa.
Ahí sentada
en la mesa cuadrada,
rodeada de olor a salsa,
escucha la muchacha.
¿Por qué no sos como Aldana,
tu hermana?

Martina, la nena,
se pregunta antes de que
aparezca Pocho por la puerta:
¿Cómo hago para que me entiendan?

Cansada dice:
Capaz sea yo
la que deba cambiar
para encajar
en esta sociedad de mierda.

Días pasaron
y por suerte
leyó en un mural descascarado,
ahí en alguna calle perdida
de la gran Nueva Córdoba:
"Tu verdad no es la mía".

FOTOGRAFÍA ANTICUADA

Luciana Capdevila

Todas las mañanas recibo a les estudiantes del Colegio Superior Divino Niño con una sonrisa amplia y de lo más encantadora. Entre caras de desgano y largos bostezos, no es complicado percatarse de que muchos de ellos no quieren estar acá. Deben de imaginarse sentados en cualquier plaza del pueblo, charlando entre amigos mientras dan pitadas a sus cigarrillos. O quizá simplemente quieren pasearse entre sueños, cobijados por la comodidad de la cama.

Por eso intento que en el momento en que pisan la escuela reciban una bienvenida lo más amigable y cálida posible. Si alguien dentro de la marea de camisas abotonadas hasta un cuello rodeado de corbatas azules ve mi mueca, quizá se sienta más a gusto durante las horas de estudio, que bien se sabe lo frías y tediosas que pueden llegar a ser. La mínima posibilidad de despertar un alma entre todas aquellas adormecidas es razón suficiente para esforzarme.

Día tras día, dibujo con mis labios carnosos una sonrisa radiante para todos aquellos que forman por curso y altura, mientras los compases de la Aurora acompañan a la bandera que se iza alta. Día tras día, entrego mis mayores esfuerzos por ellos. Aun así, día tras día, al menos un par de ojos me observan con cierto espanto.

Hay quienes conocen ese terrible secreto que guardo adentro mío. Un dato sin verdadera importancia que, desgraciadamente, logra que más de uno prefiera evitar mirar hacia los grandes ojos que me fueron regalados. Así la vergüenza no les invade.

Por más nimio que sea, es este secreto bastante especial algo que no le sucede a mucha gente dentro del pueblo. Resulta que varios sospechan haberme visto caminar por las calles durante la noche. ¡Algo loquísimo para ellos! Se ve que nunca se encontraron con nadie que pudiera escapar de una fotografía para andar libremente por el mundo. Quizá por eso me evitan.

¿Habrán creído que me quedo quietita, posando en la imagen, todo el tiempo? ¡Qué locura! ¿Acaso ellos podrían aguantar semejante tortura?

Al contrario. Todas las tardes, cuando comienza a ponerse el sol, tímidamente muevo los dedos de mis manos para calentarlos y despegarlos del papel. Luego, continúo con el dedo gordo de mi pie derecho. Lo subo y lo bajo. Le siguen sus vecinos y toda la planta del pie. Para entonces, incluso puedo levantar mi zapato del suelo congelado.

Entonces estiro ambas piernas a lo largo y paso a dar un gran salto, atra-

vesando el vidrio que protege la fotografía como si este no existiera, encontrándome de pronto en aquel mundo maravilloso que durante los días no puedo más que observar. Abandono el sitio donde les estudiantes me encuentran cada mañana y recorro todas toditas las plazas del pueblo.

Al pasar los minutos, el andar comienza a dar vida a mi incolora piel de papel. Mi sangre danza salvajemente por la felicidad y tiñe mi cara de un rosado cálido. Mis ropas también se transforman, abandonando la fragilidad del papel para dar la bienvenida a las suaves telas. Mi pelo, tieso y coloreado en un gris aburrido, rompe sus cadenas para gozar de su libertad y moverse bajo la tierna brisa serrana que se escurre entre sus cabellos castaños. Las calles adoquinadas se mueven bajo la suela de mis zapatos y levanto mi vista hacia el infinito mar de estrellas que espían desde el cielo. Tal es la intensidad con la que brillan que ni la distancia a la que se encuentran impide que me enceguezcan por un segundo.

Simples son mis caminatas durante la semana, no hago más que andar y perder mi vista en el cosmos. Pero los viernes... ¡Ay, los viernes es otra historia! Dejo atrás la tranquilidad de las plazas y opto por la frenética música de los bailes.

Yo no sé mucho sobre estos eventos, pero vivo en una escuela, así que me entero de ellos por las habladurías de les chiques que pasan frente a mí.

-¿Hoy salimos? -pregunta una chica de sexto año a sus amigas a la salida del colegio.

Avispada como soy, presto impecable atención a la charla para así enterarme del lugar que van a visitar. Tengo entonces destino para la noche que me espera.

Esa tarde me desperezo como lo haría en cualquier otra, pero no me dirijo directamente hacia el pueblo. Antes de adentrarme en la vida nocturna, debo de arreglarme para salir. Hago una escala en una caverna olvidada que a lo largo de los años he habitado con todas mis pertenencias, incluyendo todo lo necesario para prepararme.

Una vez que abandono la delicadeza de mi existencia de papel, me desnudo para bañarme en un río cercano. El agua es tan fría que con solo imaginar el roce de la corriente me veo invadida por escalofríos. Luego elijo una bombacha y un corpiño, y modelo vestidos frente a mi gran espejo. Tengo muchos, y todos diferentes. Los cuido de forma impecable porque, una vez vestida, me dan la seguridad que necesito para verme igual de bien que todas

las demás. Aunque mi favorito es uno amarillo con detalles floreados en la cintura escotada.

Hecha mi elección, la acompaño con unas medias largas y zapatos que combinen con el conjunto. Por suerte, siempre tuve buen gusto por la moda.

Una vez vestida, me maquillo para que el intenso color de mi iris se realce y mis pestañas parezcan tan largas que quien las mire deba cuidarse de no quedar enredado en ellas. A mis labios los trato con sumo cuidado. Solo uso los mejores labiales que encuentro para que mi flamante sonrisa hechice los lugares que visito. Por último, peino cuidadosamente mi peluca hasta que quede radiante. Es tan perfecta que, una vez que salgo de la cueva, se refleja el cielo entero en cada uno de los cabellos.

Al terminar con la minuciosa preparación, abandono la oscuridad de la caverna y me encamino hacia el pueblo en busca del lugar que haya escuchado nombrar. Antes de llegar a estos salones que despiden música impetuosa de sus adentros, elijo un nombre nuevo con el cual presentarme. Pienso en algo novedoso cada semana, pero hay veces en que no puedo evitar enamorarme de uno por meses.

Al fin y al cabo, más allá de cómo me presente, lo importante es la actitud que llevo conmigo. Bailo hasta el cansancio, bailo incluso cuando nadie más lo hace. Recorro las pistas y logro que todo el mundo me mire, que sepan que estoy presente y que vine a disfrutar de todas las cosas que extraño durante la semana. La prisión impresa en tinta que me mantiene lejos de los otros no tiene efecto sobre mí cuando disfruto de la noche. ¡Que alguien intente unirse a mi fiesta si se cree capaz! ¡A ver si puede seguir el paso de quien intenta aprovechar sus horas de libertad al máximo!

Mantengo la intensidad hasta que la gente comienza a irse y el espíritu festivo se esfuma. Entonces dejo los antros y me dirijo hacia mi caverna. Debo de prepararme rápido para así estar nuevamente en el colegio por si a alguone curioso se le ocurre espiar por la zona. Por más que ciertas personas conozcan este secreto que oculto, no puedo arriesgarme a que se vuelva conocimiento general.

Primero voy hacia el río, donde lavo mi maquillaje y veo como la suave forma que adoro desaparece del reflejo del agua. Luego, apenas me adentro otra vez en las sombras, lo primero que hago es quitarme los zapatos. Los dejo en su lugar y con cuidado me saco las medias. Con los vestidos siempre batallo. Debo mover y contorsionar mis brazos de mil formas antes de lograr

bajar el cierre. Entonces, lo dejo en una percha, ordenado junto al resto.

Por último, me quito la bombacha y vuelvo a acomodar todo en sus respectivos lugares. El papel que usé para rellenar el corpiño lo tiro por ahí. La ropa interior la guardo cerca de los vestidos.

Entonces me pongo de vuelta el calzoncillo e intento estirar la camisa para que no se note ni una sola arruga cuando reciba a les chiques. Subo el pantalón de traje y me ajusto el cinturón de cuero ya viejo y gastado. Me ato la corbata y descuelgo el saco de un perchero que tengo por ahí, viendo cómo frente al espejo ante el cual me liberaba se encuentra ahora la misma figura gris de papel que habita en esa vieja fotografía. Ahora debo volver a ella.

Cada lunes recibo otra vez a les estudiantes, quienes ven mi sonrisa y creen reconocerla de alguna parte, sin estar seguras de dónde. Algunas me miran incluso con vergüenza. ¿Por qué les resultará tan raro que una imagen pueda moverse?

Aun así, cuando estén formades y cantándole a la bandera, yo estaré observándoles y sonriendo junto al resto del primer curso graduado del colegio. Eso fue hace mucho tiempo ya, el instituto todavía no era mixto. Por suerte, ha cambiado mucho desde entonces.

NOSOTROS

Micaela Marconi

Abro los ojos. Se desplaza la cubierta de la cápsula. Puedo sentir el oxígeno puro. Aunque vea borroso y esté mareada, puedo divisar el Sol, Mercurio, Venus, la Tierra y, finalmente, Marte. Me quedo sentada contemplando parte del sistema solar. Al incorporarme, me dirijo al centro de comunicaciones para avisar a la NASA que la etapa de hibernación ha concluido. Me siento en el mando, presiono unos botones y finalmente digo:

-Soy Emma Anderson, comandante del viaje interplanetario. Me comunico desde la nave Olympus. Hace más de dos años salimos de la Tierra. A los pocos días de despegar, cada uno de mis tripulantes entró a su cápsula de hibernación, siendo yo la última en hacerlo. Hoy acabo de despertar, tengo que controlar que todo esté bien y despertaré al resto.

Una emoción muy grande me embarga, saber que estamos a días de llegar a nuestro destino, el planeta ST-287, Júpiter. Han pasado casi 26 meses desde el despegue, exactamente 781 días, y hoy es el primer día después de la hibernación.

Día 2

Faltan 58 días para el aterrizaje en tierra joviana. Verificamos si la reserva de alimentos se encuentra bien y reparamos algunas zonas exteriores dañadas por pequeños asteroides. Todo parece estar en perfecto estado.

Día 3

Al finalizar la cena, cada tripulante se fue a dormir, excepto el piloto y yo.

-Revisando si aún tenemos comunicación con la Tierra -digo mientras reviso el mando-. Las telecomunicaciones están en perfecto estado.

-¡Qué alivio! -suelta el piloto.

-Envía un mensaje diciendo que estamos bien, que las reservas de comida y agua están intactas, y la nave igual -digo.

-Permiso para enviar.

-Autorizado -digo-. Los mensajes enviados desde la Tierra al espacio o viceversa tardan 30 minutos en llegar a su destino. Lo que significa que es probable que tengamos una respuesta dentro de una hora.

Día 17

Estos últimos días fueron muy rutinarios. No experimentamos ningún inconveniente.

Día 28

Cada siete días tenemos la oportunidad de comunicarnos con nuestras familias. Cada vez menos tiempo debido a que las comunicaciones comienzan a fallar. Disfruto cada segundo de las conversaciones con mis padres, estamos pasando una buena tarde compartiendo bromas, risas y anécdotas.

Día 38

Mientras dormimos, una sirena nos despierta a todos y nos obliga a dirigirnos al centro de la nave. Una voz unísona repite: ¡FALLO EN EL SISTEMA! ¡RESERVA DE AGUA DAÑADA!

Ya posicionados en el lugar desde donde proviene la voz robótica, Rick, el ingeniero mecánico, revisa el tanque y exclama:

-¡Maldita sea!

Rick vuelve en sí y continúa.

-El agua está contaminada. Hay un caño que atraviesa el tanque, está liberando una especie de gas con partículas oscuras. Es posible que sea plutonio, forma parte del combustible. Puede haberse desgastado por el roce del agua.

- ¿No hay manera de recuperarla? -dice Jennifer, especialista en astrofísica.

-Lo contaminado, contaminado está. El plutonio es radioactivo -explica Rick.

-Tiene razón. No toquen el agua, es muy tóxico -advierte Matt, especialista en botánica y química.

Al cabo de unos minutos, finalmente les hablo.

-He tomado una decisión. -Aclaro la voz-. Al no tener el suministro de agua, solo nos queda el tanque común. Por ello, deberemos comenzar a racionar. Nos queda un poco más de la mitad del tanque. Parece mucho, pero es poco en relación con los días que nos quedan para aterrizar y los que faltan

para que Olympus-2 llegue con los suministros. Asimismo, tenemos que reservar agua para las plantas, son nuestra comida... Empiecen a distribuir. Yo voy a enviar un mensaje a la Central para avisarles de la situación.

Día 54

-No podemos correr el riesgo -me explican desde la Tierra.

-Pero las plantas están muriendo por la falta de agua y ya no tenemos comida envasada. Me ofrezco para restar agua de mis raciones y dársela a ellas.

-No, comandante -dice, elevando la voz, el militar-. Está poniendo en peligro su vida. Usted es la que dirige esta misión, la necesitamos con los cinco sentidos puestos en ella. Con respecto a la comida, lo solucionaremos.

Día 59

Nos estamos preparando para el aterrizaje de mañana. Solo esperamos que Olympus-2 llegue pronto con los suministros, porque comenzaremos a delirar.

Día 60

Sentados en nuestros lugares, nos abrochamos los cinturones.

-Prepárense, porque serán 7 minutos de turbulencia máxima. Es muy probable que, debido a la velocidad a la que descendamos, la nave se recubra de fuego. Pero tranquilos, recuerden que el material con el que está hecha es resistente a él.

Presiono tres botones de distintos tonos de gris y, luego, un botón rojo. Solo resta la palanca y comenzaremos a descender. No tendremos más comunicación con la Tierra hasta aterrizar. Nadie puede afirmar si tendremos éxito o no. Finalmente, bajo la palanca. «Estamos solos», pienso.

La nave comienza a moverse de forma brusca y nos obliga a sostenernos de lo que tenemos cerca. Al mirar por la ventana, veo cómo se cubre de rojo. Fuego.

A los pocos minutos ya estamos a unos metros de la superficie. Me preparo para tomar otra de las palancas, con toda mi fuerza, para generar estabilidad y aterrizar de forma segura.

Ya no nos movemos. Me doy cuenta de que estamos en tierra firme. Miro a mis compañeros y exclamo:

-¡¡Lo logramos!! ¡¡Aterrizamos!!

Entre gritos y lágrimas nos tomamos todos de las manos. Rápidamente, comenzamos a ponernos los trajes espaciales, aquellos que son resistentes al calor, ya que en este planeta las temperaturas son elevadas. Envío un mensaje corto y conciso a la Central:

-Soy Emma Anderson. Me comunico para informarles que aterrizamos sanos y salvos en Júpiter. Estaremos en contacto pronto.

Nos dirigimos a las compuertas. Les pregunto a todos, y a mí misma, si estamos listos. Con la ayuda de un tripulante, giro la manija de la puerta estanca.

Es increíble lo que estamos viendo. Es inmenso. Los colores marrón, naranja y blanco son más intensos desde aquí debido a que la atmósfera los debilita por estar cubierta de nubes. Estamos en una zona donde no hay posibilidades de que comience alguna tormenta -no por ahora-, claro ejemplo de la Gran Mancha Roja. Luego de contemplar el entorno, regresamos a la nave para acomodarnos.

Al día siguiente, recibo un mensaje desde la Tierra, en el cual dice que el cohete con suministros llegará en 1 hora.

Llegó justo a tiempo. Por suerte, no aterrizó muy lejos. Ya fuimos a recoger la comida y el agua que precisábamos.

Continuamos con la misión. Explorar y crear un mapa. Mandamos varios rovers hacia distintas direcciones. Además de tener cámara y ruedas, tienen diversas herramientas. Con ellas, recolectamos rocas, partículas de polvo -es decir, tierra- y metal, lo que nos sorprendió mucho.

Cada uno de los materiales hallados fue analizado. En las rocas, encontramos diversas bacterias que habían desarrollado la capacidad de sobrevivir sin oxígeno. En la tierra, descubrimos partículas de jarosita, un mineral común en Marte. Ahora sabemos que no solo es de allí.

Examinamos muy detenidamente el metal. Determinamos que era acero. Al limpiarlo, encontramos una inscripción. Una letra. La "N".

Fue muy extraño encontrarnos con esto. Decidimos enviar otro rover a la

zona en donde se halló el material.

Al volver, el robot trajo en su mayoría metales. Los analizamos y limpiamos. Nos dimos cuenta de que se podía formar una oración. Tardamos en unir las letras.

-Esto no es posible -digo desconcertada.

Las letras formaban la siguiente frase: "Sociedad Secreta - NASA".

Todos nos quedamos boquiabiertos. Tratamos de desarmar y volver a unir las letras para formar otras palabras. Pero siempre nos llevaban a ese nombre.

-Esta situación me resulta muy familiar -pienso en voz alta.

-¿Acaso es lo que pienso? ¿Marte? -dice Matt.

-¡Tienen razón! El rumor del edificio en Marte... es exactamente lo mismo -asegura Jennifer.

-¿Y si hubo un...? -me detengo. Todos saben lo que quiero decir: «edificio». Hago memoria del rumor que mencionó Jenny. Unos astronautas habían pasado por la misma situación: encontraron los metales y formaron las palabras. Supusieron que podrían ser restos de alguna construcción. Ellos difundieron esa información, pero la NASA lo desmintió. Dijeron que hacía mucho tiempo había habido una base central. Pero la reconstruyeron, y derribaron la antigua. Que las letras en los metales no eran muy claras y posiblemente decían otra cosa.

Todos nos miramos. Compartimos los pensamientos. Hay cosas que no me quedan claras... ¿La NASA nos está ocultando algo? ¿Por qué no sabíamos de esto? Deberíamos habernos dado cuenta desde el día en que se rumoreó sobre ese supuesto edificio en Marte. Ahora tiene sentido.

¿Y si hay más restos en los otros planetas? De ser así, la raza humana conoce todo el sistema solar. Excepto el Sol, claro. Podríamos venir de astro en astro. Quizás provengamos de Neptuno. Quizás lo destruimos y viajamos a Urano. Y luego a Saturno. Y así hasta llegar al día de hoy.

Todos estos planetas, a simple vista, parecen devastados y oscuros. Pero la Tierra permanece brillante, verde y azul. ¿Y si la humanidad es la que provocó esa oscuridad en los planetas? ¿Y si somos nosotros quienes los destruimos?

**UN SER DIFERENTE EN EL PLANETA
MÁS DIVERSO**

Camila Chávez

Mil doscientos doce, mil doscientos once, mil doscientos diez... Los días pasaban a la velocidad de la luz para cada persona. Bueno, casi para cada persona. Para aquel extraño ser, cada tortuosa hora era un suplicio, y el tiempo parecía avanzar cada vez más lento. Contaba con ansias los días hasta que pudiera regresar a su planeta, tachando y volviendo a tacharlos con la esperanza de que eso acelerara el tiempo de cierta forma.

Tina gruñó con molestia al ver que se había levantado tarde, pues ese artefacto mundano no había funcionado. Era el colmo. Tiempo lento, artefactos inútiles, gravedad... Maldijo a su padre por lo bajo, recordando el momento en el que decretó la sentencia. Sí, había cometido un crimen y debía pagarlo, pero ¿por qué enviarla a ese asqueroso planeta? Desterrarla era un castigo medianamente justo, tal vez un poco exagerado, por haber golpeado a ese tal rey (la verdad, se lo merecía). El problema era el lugar: la Tierra. No había nada peor. Además, cada mañana debía maquillarse, ¿por qué no podía mostrar su piel magenta? Estúpidos humanos que no sabían aceptar la diversidad de pieles. Era irónico. En un planeta tan poblado y con tanta variedad y cosas para cambiar, se fijaban en lo irremplazable: la piel. Además, ¿por qué querrían cambiarla? Ver los distintos colores en las calles era tan hermoso... Se preguntó qué pensarían si salía con su piel natural, seguramente la juzgarían. Habiendo tanta diversidad (cosa que, debía admitir, disfrutaba) para deleitarse, elegían juzgarla. «No es normal la piel magenta», «no son normales los ojos amarillos», «no es normal el cabello azul». Tontos. Si supieran cómo eran las cosas en su planeta... El rey había establecido que si alguien descubría que era de otro planeta, alargaría su estancia ahí y ella sería la responsable de desmemorar al humano en cuestión, un proceso largo y pesado que realmente no tenía ganas de llevar a cabo. Aceptó cambiar su piel y sus ojos, pero su cabello no. Eso sí que no. Lo bueno era que cada vez había más gente con el cabello teñido de colores "extraños", por lo que su azul eléctrico no suponía un problema. Debía admitir que eso le gustaba de los terrícolas, eran muy variados. Involuntariamente, su mente cambió de perspectiva, comenzando a comparar su lugar de origen con la Tierra. Recordó el día en que había llegado. Fue raro encontrar que todos respondían distinto a una misma pregunta, y que cada persona era diferente. Eso no pasaba en su mundo. No sabía si alguien tenía ideas distintas porque no los dejaban. Era una dictadura, pero todos parecían conformes. A su planeta le faltaba diversidad. Diversidad de gustos, de vestimenta, incluso de pensamiento. Aunque no quisiera admitirlo, muy en el fondo le divertía estar allí. Ver a la gente debatir, observar los distintos tonos de piel, los diferentes colores de cabello,

la gran variedad de voces y, lo mejor, el intercambio de opiniones. Era increíblemente interesante que cada quien pudiera decir su opinión abiertamente e, incluso, en ocasiones, esta cambiaba gracias a una nueva perspectiva. Era impresionante.

Pensándolo mejor, tal vez volviera a golpear al rey.

ESCUELA DE SUPERHÉROES

Ana Lucía Conturso Nagy

Hundida en los rechonchos almohadones bordó de la sala de espera, afuera de la oficina del director, estaba Anna. Macarena, la secretaria del mismo, ya le había tomado cariño a la pequeña niña gringa que solía pasar mucho tiempo ahí.

-¿Por qué estás otra vez acá? -le preguntó apoyando una taza con chocolatada en la mesita y mirándola con cara de pena.

Anna se limitó a levantar los hombros y se incorporó para tomar la chocolatada.

Era, realmente, una pequeña muy particular. Tenía rulitos del color del sol y grandes ojos turquesa, una mirada curiosa y dulce que condecía muy bien con su limitada estatura. No hablaba mucho, más bien, no hablaba nunca. Su única amiga era Macarena, con quien también solía pasar las tardes cuando era enviada a la oficina del director.

A Macarena le parecía una niña verdaderamente adorable, y realmente lo era. Desde un principio se habían llevado bien, y es que no solían enviar a niñas tan pequeñas, tan seguido, a la dirección, y era muy fácil encariñarse con dicha criatura de luz.

El mismo director ya le había tomado cariño. Terrible era el señor Ginebra, salvo cuando se trataba de Anna.

-Que pase la señorita... ¡Anna! ¡Otra vez acá! ¿Qué ha pasado esta vez? -preguntó el dulce viejecito.

Anna escapó del hueco en el que se había hundido y se dirigió a la oficina, cerrando la puerta detrás de ella, como era la costumbre.

-Buen día, señor -le dijo con una chistosa vocecita-. Si me pregunta -prosiguió caminando por la oficina como si fuera la dueña y dirigiéndose al director como si de un par se tratase- esta vez, no sé qué he hecho.

Se sentó en uno de los sillones al frente del escritorio, quedando tan bajita que apenas se le veían los ojos.

-La seño Gra me preguntó: «¿Anna, dime dónde trabaja tu mamá?», y yo le respondí. Entonces, todos se rieron y ella me mandó a venir aquí. Dijo que «por hacerse la chistosa y contestar a sus mayores».

-Bueno, bueno -dijo el viejo tratando de contener la gracia que le daba ver a tan adorable personaje haciendo una rabieta-. ¿Y qué es, precisamente,

lo que le has contestado?

-¡Y, la verdad! ¡Que mi mamá trabaja en una escuela para superhéroes!
-dijo la pequeña exaltada como si fuera lo más obvio.

El señor Ginebra, acostumbrado a las ocurrencias de la pequeña, se quedó esperando el remate por unos minutos. Pero luego de un rato y al ver que la pequeña no decía más nada, decidió indagar un poco más en el tema.

-¿Así que eso es lo que hace tu mamá? -le preguntó a la niña como si de algo serio se tratase.

-Sí, señor- respondió la pequeña.

-¿Y a eso quién te lo ha dicho? -le preguntó, curioso, al ver que la misma no mostraba indicios de estar haciendo una broma.

-No hace falta que nadie me lo diga. -Se arrodilló en el sillón acercándose más al escritorio y bajó el tono de la voz-. Mi madre no me había dicho nada, pero el otro día fui a su trabajo y lo he visto por mí misma.

-Ah, ¿sí? -preguntó el director cada vez más fascinado por llegar al fondo de la historia.

-¡Sí! -exclamó la criatura tirándose hacia atrás, quedando demasiado bajita de nuevo.

-¡Entonces, cuéntame! -dijo el risueño señor cada vez más metido en la historia.

En ese momento, Macarena entró en la sala con una pila de papeles y, al ver la chistosísima escena de su jefe sonriendo maravillado por lo que fuese que le contaba la niña, se le enterneció el corazón.

-Disculpen, dejen esto y no interrumpo más -dijo al percatarse de que llevaba un buen rato mirando.

El señor Ginebra, que no se había dado por enterado de la presencia de su secretaria hasta el momento, animadamente dijo:

-¡Por favor, Macarena! ¡Ven a oír las cosas que cuenta esta niña!

Macarena se acercó anonadada y se sentó en el otro sillón que estaba al frente del escritorio.

-¡Dile! ¡Dile! -decía el señor Ginebra a Anna-. ¡Cuéntale las cosas que me has contado a mí! -incitaba maravillado por el brillo en los ojos de la criatura.

Entonces, Anna retomó el relato.

-Resulta que el otro día tenía prueba de Matemática, pero como no me acordaba cómo se hacían las divisiones le dije a la seño que me sentía mal y me mandaron a casa -comenzó a contarle a Macarena-. Pero como mi papá estaba de viaje, me buscó mi mamá y me dijo que íbamos a tener que ir un rato a su trabajo. Entonces le pregunté dónde trabajaba y me dijo que en un cole.

Macarena asentía con la cabeza, tan maravillada por el relato como había visto a su jefe hacía un momento.

-Pero cuando nos bajamos del auto, me di cuenta al instante que no era un cole normal. Para empezar, en lugar de haber solo escaleras, como acá, había toboganes para bajar. Además, las paredes no eran blancas, estaban todas pintadas con dibujos re coloridos. Yo me imaginaba pintando las paredes de este cole mientras entraba... -prosiguió la niña-. Mi mamá me llevó de la mano hasta la sala de profesores, y en el camino vi que todo era muy colorido y ruidoso. Pero no ruidoso como acá, sino ruidoso divertido. Entonces, pasó lo mejor: tocó el timbre del recreo. Y al patio salieron un montón de nenes con superpoderes -dijo la pequeña, extasiada por su propio relato como si lo estuviera viviendo en ese momento.

El director y Macarena cruzaron miradas extrañadas por un segundo, y luego la miraron con curiosidad, esperando que siguiera con la historia.

-Me hice amigos -dijo Anna-. No uno solo, ¡un montón! Porque, además de superpoderosos, son superamigables.

-Pero ¿qué clase de superpoderes tenían? -preguntó Ginebra mientras daba a su secretaria unas indicaciones que ella interpretó rápidamente.

-Por ejemplo, mi amiga Teté puede leer con las manos -dijo la pequeña, y dejó a su superior en estado de confusión por unos segundos.

-¿Leer con las manos? -preguntó el director cuando creyó saber por dónde podía venir la "confusión" de la niña.

-Sí, además es muy genial. Con su superbastón y sus gafas de sol negras,

toma un pesado libro gigante... -dijo, haciendo énfasis en la palabra "gigante", mientras Macarena entraba nuevamente en la sala con una carpeta, que le dio al director, y se sentaba otra vez al lado de la pequeña-. Entonces, lo abre en una página y, tocándola con los dedos, va repitiendo en voz alta lo que dice.

El señor Ginebra abrió la carpeta con un gesto un poco más serio y comenzó a hurgar entre las hojas mientras Macarena tomaba de las manos a la criatura, quien continuaba el relato.

-Después está Javi, que anda en una supersilla con unas ruedas gigantes. Dice que con esa silla puede bajar por los toboganes. ¡Debe ser muy divertido! Tara es tan tan buena que todo el tiempo quiere dar abrazos. Sarita, una chica que trabaja ahí, me dijo que tiene un corazón tan pero tan grande que le sobra amor para todos. Yo creía que era hermana de Raúl, porque son muy parecidos. Pero Raúl me dijo que él no tiene ni papás ni hermanos, porque no lo podían cuidar, y que en cambio vive ahí en el cole con Sarita y otros chicos con superpoderes como ellos.

A Macarena se le hizo un nudo en la garganta y se tapó la boca al oír, sobre todo, la última parte. Miró al director, que ya había encontrado la página que buscaba y estaba más o menos en la misma onda que ella. Le pasó la carpeta marcando una oración que decía: "Trabajo de la madre: Profesora de Ciencias Sociales en el Colegio para niños discapacitados Santa Marta de Bs. As".

-Cuando le pregunté a mi mamá si podía cambiarme a ese cole -retomó la pequeña, ahora menos eufórica- me dijo que no, porque es un cole para niños especiales. -Después de decir esto, se sentó contra el respaldar de la silla con el ceño fruncido-. Yo quisiera tener superpoderes como esos niños -dijo casi sollozando.

Macarena, que no podía más, buscó una excusa para salirse de la habitación antes de emocionarse por completo. Y al pobre director Ginebra no le quedó otra que explicarle a Anna todo aquello que no tenía claro. Pero, en lugar de pinchar aquella particular y preciosa fantasía que la criatura había creado, optó más bien por explicarle que todos somos especiales a nuestra manera y tenemos nuestros propios superpoderes que, una vez identificados, debemos desarrollar con orgullo.

Luego, mandó a llamar a la maestra para explicarle el malentendido y aconsejarle que fuera más paciente a la hora de manejar a los niños.

Por último, le pareció conveniente organizar salidas, no solo con los compañeritos de Anna, sino con todo el cole, para que trataran con superhéroes y vieran que, en realidad, son bastante geniales.

RELATOS DE DIVERSAS MIRADAS SOBRE LA LLUVIA

Lara Bertoli

Relato de alguien estancado

Mientras avanza el tiempo, yo retrocedo, y más rápido cae la lluvia dejando que las gotas bajen más lento por mi cara.

La lluvia que está cayendo esta mañana parece ser la misma de ayer. ¿Hoy es el mismo día que ayer? Escucho las gotas golpeando mi techo y veo la ventana por la que el agua baja sin parar, y me veo a mí, que estoy caída hace un tiempo y no sé cómo pararme. No sé qué me está pasando últimamente, pero sé que debería saberlo o buscar ayuda y que me digan qué pasa. Para describir la situación, diría que estoy en un pozo y que sé que la mano que me saque de acá abajo tendría que ser la mía, pero no puedo agarrarme porque desde allá arriba no veo dónde estoy tirada. Está oscuro y no me encuentro, no puedo auxiliarme. Son días rutinarios, rozando la indiferencia, porque cada vez menos cuenta me doy de que estoy sumergida en una rutina. Me levanto cada día y me está mirando ella en el espejo, que se ve roto, aunque el vidrio esté sano. Son pedazos de mí los que piso cuando camino por la casa con los pies descalzos, son pedazos que me pinchan y se incrustan en mí, otra vez, no me dejan caminar bien, hace un tiempo que me empezaron a frenar el paso.

Pero sigue siendo mi voz la que quiero que me salve y me diga quién soy y en dónde estoy, quiero yo misma saber qué decirme para ayudarme. Seguiré esperándola hasta que le llegue la información, porque no es que no quiera aceptar ayuda de alguien más, sino que sé que no serviría de nada, no queda otra que esperarme. Ojalá tenga paciencia.

La lluvia me hace ver que sigue fluyendo, aunque yo esté frenada.

Relato de alguien tranquilo

Mientras mejor me llevo conmigo, más me gusta descubrir el mundo que habito, y transmuto el sentimiento de hogar llevando mi casa conmigo. Yo soy mi casa y puedo sentirme así donde sea que vaya.

Estuve pensando en esas cosas que me pasaron la semana anterior, charlé en soledad todo el fin de semana sobre mis sentimientos y no descubrí nada que me perturbe, más bien, me entristece haberme cruzado con alguien que no se lleva bien consigo mismo y sale al mundo a demostrar su intranquilidad. No quiero entrar en detalle, solo voy a decir que hay gente que no es amiga de sí misma. Pero ¿saben qué hago yo cuando no me estoy llevando

bien conmigo? Me hablo y medito, me siento y reflexiono, me escucho y llego a conclusiones. Evoluciono, crezco y me alegro de despedirme del yo anterior sabiendo que me dejó antes de irse una enseñanza para el futuro, sea cual sea. Entonces, anoche no pude pegar un ojo, fue una de esas noches en las que das tantas vueltas en tus pensamientos que es mejor quedarte despierto. Además, cuando fui a mirar el reloj, ya eran pasadas las cinco de la madrugada y la mejor decisión era batirme un café para comenzar el día o continuar el anterior que no había terminado, es lo mismo. Me senté en mi patio porque está agradable el clima, diciembre, calor, el silencio de mi barrio y yo. Honestamente tengo mucha suerte de llevarme bien conmigo, me acompaño en lo cotidiano y me reconforto en lo inusual. Ya está más avanzada la mañana y se acerca la hora de salir de casa. Escuché ayer que posiblemente hoy llueva. De hecho, el aroma a tierra mojada lo siento desde hace rato y estoy impaciente por ver las gotas caer. Cuando abro la puerta para salir de casa me sorprenden, al fin, esas primeras gotas. Hoy mi caminata la debo hacer con paraguas y recorrer el camino de todas las mañanas, pero lejos de parecerme tedioso, me encuentro cómodo en la rutina, porque nunca es exactamente lo mismo, siempre algo cambia, soy yo el que cambia. Me siento acompañado al caminar conmigo.

La lluvia me acompaña, me inspira y me renueva. Es tranquilidad.

Relato de alguien aterrado

Mientras más conozco el mundo que habito, más cómoda me siento en mi casa.

Cuando me preparo para salir, como en este momento, en realidad estoy de cualquier manera, excepto preparada. ¿Cómo sé qué me espera afuera de mi agobiante comodidad? El miedo no me deja en paz, es que estamos juntos hace tanto tiempo que ya llego a sentir que es mi amigo, cuando es todo menos eso y cuando en realidad debería dejarme respirar, pero no lo hace. Así que me siento encerrada, aunque no esté en mi casa. Es eterno el minuto que dudo antes de salir. Debatiendo internamente si esta decisión es la correcta, el minuto se convierte en diez. ¿Qué pasa si me está esperando allá afuera? ¿Qué pasa si el miedo, mi compañero de siempre, me sorprende apareciéndose ante mí y me deja petrificada? Todavía no salí, me encuentro en el umbral de la casa, lo que sucede es que hasta imaginándome su aparición se alborota la seguridad que llevo en mí misma y me desequilibro. Aunque, pensándolo bien, voy a salir. Creo que nada de lo que pueda pasar es peor de lo que ya

pasó en mi imaginación, ¿cierto? Acabo de abrir la puerta luego de llegar a esa conclusión, con el envión de salir corriendo. Pero no me había percatado del comienzo de una lluvia que parece acercarse, intensa y amenazante. Apenas caen unas gotas, pero yo ya opté por no salir. La decisión está tomada, qué alivio, la verdad. La lluvia es un claro indicio de que no debo irme. ¿Qué más podría significar? Me quedo a salvo y me ahorro un posible mal momento ante la atormentadora presencia del miedo. Invisible, porque el miedo es así, y atormentadora, porque me persigue y me acostumbra a su compañía. Personalmente, no quiero cruzármelo hoy. Me quedo en casa, afuera puede pasar cualquier cosa y el miedo no entra en este lugar.

La lluvia, en conclusión, me frena, me espanta y me inhibe. Es miedo.

Relato de alguien feliz

Mientras más llueve, más juega en la lluvia y más me inunda su risa en el charco de agua desde el que la veo jugar.

Cuando la veo sonreír, me quedo muda del amor, que me absorbe las palabras, y me pasa algo muy extraño que no había experimentado nunca. Siento ganas de llorar y me encantaría explicarles la razón, pero no sé cuál es. En un intento no errado pero dudoso por saber qué era ese impulso de llorar, descifré que lo explicaba el hecho de saber que no podría estar las veinticuatro horas del día con ella, viendo cómo juega con todo, como con la lluvia en este momento.

Es una pesadilla, de todas formas, quebrarme, y estoy tratando de evadir esa situación. Lejos de romantizar mi llanto, quiero disfrutar plenamente cada momento a su lado, sin ponerme a llorar por su ausencia todavía lejana. Pero tuve una reflexión que, me parece, dio en el clavo. Estaba a punto de enojarme conmigo misma por esa confusión de emociones, cuando me pregunté: «¿por qué pienso que las lágrimas son algo malo?». Si llorar de la emoción es la muestra más pura del amor que llevo dentro mío. Me estoy dejando llevar por el sentimiento hasta el llanto, porque de tanto amor que había adentro un poco tuvo que ser liberado. Muestra la vulnerabilidad de mi ser y dejo que el otro esté al tanto (o no) de todo este amor que me rebalsa. Entonces, pensé que ser así de sensible era una cualidad muy fuerte. Es una contradicción llena de verdad, y llorar por sentir tanto amor es una confusión llena de sentimientos.

La lluvia de hoy me hace llorar de amor.

ENTRE CAFÉS ET CAFETIÈRES

Abigail Yazmín Picone Ambrosioni

¿Y si esto no mejora y uno de estos días pierdo algunas de mis capacidades sensoriales? Eso fue lo que yo, Milán, pensé en aquel momento. Un momento que no vale la pena recordar ahora ni nunca, mejor olvidarse de aquel infierno que pasé.

Luego de imaginar millones de hipotéticos escenarios respondiendo a esa pregunta, donde, debido a mi ansiedad, las cosas que suceden no son del todo felices, decidí ignorarla.

Ese mismo día, hace unos tres meses, me tocó ir a trabajar a esa odiosa cafetería. Odiaba trabajar a la tarde, una aglomeración de gente venía a encargarse su café para llevar o para quedarse a pasar la hora de la merienda, a descansar con sus amigos o a realizar las tareas o trabajos que tenían pendientes. Entre mis pensamientos de desprecio por este lugar y sus cafeteras, apareció aquella pregunta que me había hecho esa mañana.

Perdida entre mis pensamientos y con la mirada fija en la ventana que daba al exterior, donde la gente pasaba en algún transporte o caminando, algunos a paso lento y otros como si su vida se fuera a acabar en un minuto, decidí darle una oportunidad a este lugar que, sin darme cuenta, me daba mucho que descubrir y experimentar.

Comencé a observar cada detalle del espacio en que me encontraba. Por alguna razón, nunca me había puesto a examinarlo como acostumbro a hacer con cada rincón al que entro. Las paredes de piedras brillantes y enduido, los pisos de madera recién encerados donde podía verme reflejada, las mesas y sillas de madera blanca, las máquinas para hacer café, las diferentes variedades de facturas y tortas que había en el mostrador, y las personas.

Nunca había pensado que cada persona que asiste acá, ya sean clientes frecuentes o gente nueva, tiene sus propias particularidades e historias. Por ejemplo, Sasha, que tiene hipoacusia, y eso no le impidió estar a dos meses de recibirse de profesora de Música, o Thomas y Benjamin, que la primera vez que vinieron eran amigos y poco a poco se dieron cuenta de que querían ser más que eso; ahora están a una semana de casarse.

Pensando en Sasha, decidí estar agradecida por tener buena audición y comencé a apartarme del mundo que me rodeaba y a escuchar cada detalle de los ruidos que me acompañaban. Ahí me percaté de que los sonidos no son algo vacío, los sonidos también pueden transmitirnos cosas; por ejemplo, el sonido que realizan las uñas de aquel hombre al golpear contra la mesa demuestran nerviosismo o ansiedad. Por la forma de vestir, creo que lo que

esté por pasar en los próximos minutos podría cambiar su vida. El ruido de dos tazas o copas chocando entre sí dan sensación de un festejo, los susurros de dos amigas hablando mientras miran a un grupo de chicos generan complicidad, e incluso el mismo silencio transmite algo, como aquellos jóvenes en la esquina más alejada del lugar, que no hablan pero saben lo que el otro quiere decir, o esa mujer con su hijo, supongo, donde el silencio demuestra incomodidad.

Con mi mirada pude notar a dos adolescentes agarrados de las manos, uno le hacía caricias al otro. Inconscientemente, me vi pasando la mano por el mostrador, donde las heladas marcas en la mesa del café frío, esperando a que su dueño venga a buscarlo, me hicieron cosquillas en las yemas de los dedos. Recordé aquella vez que fui a un acuario y toqué el caparazón de una tortuga marina, no me gustó para nada la textura de este y creo que esa es la razón por la que le tengo miedo a este animal que, para ser honesta, es una criatura preciosa. Volví a la realidad cuando Guille me pidió ayuda para limpiar el café que se le había derramado.

Agarré el trapo semihúmedo que se encontraba a mis espaldas, ese oloriento trapo lleno de costras duras y pegajosas, ¿acaso no piensan usar uno nuevo? Mientras limpiaba el líquido derramado, el vaso de plástico roto que sostenía Guille goteó sobre mi mano, el agua hirviendo calentó hasta las áreas más heladas de mi cuerpo. Guille y su risa, que se puede escuchar a dos metros de distancia, amenazaron mis oídos.

El olor a una factura quemada inundó mis orificios nasales e interrumpió lo que podrían haber sido dos horas oyendo las risas de Guille. ¡Qué persona con una risa tan contagiosa!

Inmediatamente, corrí a abrir ese minihornito que había a dos metros míos. Al ver la factura negra, no pude evitar cerrar los ojos. ¿Quién había sido tan despistado como para apretar tres veces el botón de la temperatura cuando solo se aprieta una vez? El olor de la factura calentada a 180 °C me devolvió a la realidad.

El querido y también odiado sentido del olfato, donde hay veces en que quisieras no haber olido algo. Aunque a estas horas estoy agradecida de poder sentir las fragancias de los perfumes que usan nuestros clientes, el olor al café recién preparado o el olor a formol que largan los estudiantes de medicina que recién salen de sus guardias o prácticas y que, por más fuerte que sea, a mí me encanta.

Pensando en esto recordé a aquellas personas que tuvieron covid durante estos años, donde muchos perdieron el sentido del olfato e incluso del gusto.

¿Se imaginan no poder sentir el gusto del pionono de Navidad? Yo no sé qué haría si no pudiera saborear la variedad de piononos hechos por mi abuela, mi mamá y mi tía. O sentir esa mezcla de sabores cuando comés queso con cereza.

Un día, una clienta que conocí me contó que ella había perdido el sentido del gusto por una enfermedad, no recuerdo bien el nombre debido a que era muy científico. Recuerdo haberle preguntado cómo se daba cuenta si un café era rico y otro no, ella me contestó entre risas que aún podía olerlo, y eso me hizo pensar: «qué loco que todo en nuestro organismo, de alguna manera, se conecte».

Mi jefe, llamándome a lo lejos, me devolvió a la realidad. Me dijo que era mi hora de descanso, ¡finalmente! Decidí sacar una medialuna y una porción de tarta de ricota para comer mientras tanto.

La suavidad de la medialuna hizo danzar mi lengua, y su sabor, a mis papilas gustativas. Agradezco a los inmigrantes franceses por traer esta comida del bien a nuestro país. Tomé un sorbo del café que me había preparado unos minutos atrás, el líquido de 65 °C hizo alerta en mi lengua. ¿Por qué siempre tomo de golpe y nunca con cuidado? Esto de tomar infusiones de golpe debería dejar de ser un hábito en mí. Para calmar un poco mi quemada lengua, opté por comer una porción de esa tarta de ricota que me pedía a gritos que la probara. ¡Oh, Dios mío! Qué cosa tan sabrosa que es. Amo sentir cómo la ricota y la semicrocante masa se desarman en mi boca. Continué alternando entre el café y un pedazo de ricota hasta que ambas cosas se me acabaron.

Salí del ambiente 4x4 que se hace llamar "Cuarto de descanso". Observé nuevamente a las personas que entraban y salían, cada vez mi vista se nublaba más; tengo que comprar esos lentes cuanto antes.

Un segundo después, logro visualizar a los gemelos Hoffmann, con sus características pieles, pues ambos presentan vitiligo. Sus pieles morenas con áreas despigmentadas me llaman mucho la atención. Jeremías, uno de ellos, a su vez presenta heterocromía. Su ojo izquierdo de color marrón profundo que genera intimidación y su ojo derecho color miel que te transmite dulzura son algo tan magnífico de ver. Al dejar de observarlos, me percaté de que vienen acompañados; una mujer de unos 45 años, rubia, alta, ojos claros,

para nada parecida a ellos. Mi curiosidad no se frena, les pregunto quién es y, sorprendentemente, me responden que es su madre e inmediatamente me explican que su padre es africano, razón por la que ambos poseen piel oscura. Su madre es alemana, al igual que ellos. De ahí su apellido, pues sus padres quisieron ser originales y ponerles el apellido de su madre. ¡Qué familia más inusual! Les serví lo que pidieron y, cada tanto, iba a hacerles más preguntas.

Desde ese día empecé a prestar atención a todo a mi alrededor y me di cuenta lo diverso que es todo, desde un simple paquete de azúcar hasta las mismas personas. Es increíble. Espero que lo que el doctor me dijo no se cumpla. No con todo lo que me queda para descubrir.

El sonido de los parlantes pronunciando mi nombre me interrumpe. Retomando el momento presente en que me encuentro, contarle esto a una enfermera me calmó los nervios, pero ahora que me encuentro entrando en la oficina del doctor, donde presiento que me dará una mala noticia, volvieron.

Me recibe con una sonrisa gigantesca. A veces este tipo de sonrisa da miedo. Mucho miedo.

LAS QUE CAMBIAMOS HASTA LA MUERTE

Lucrecia González

La estética femenina es diversa,
diversa como mujeres en el mundo
¿por qué en la tierra de las variables
lo que distingue aterra y es indeseable?

La belleza podrá ser muchas cosas,
pero por sobre todo es impuesta;
desde perforar las orejas de nuestra pequeña
hasta los miles de pesos que gastamos en cremas.

Llamar a la belleza subjetiva
me resulta entonces violento e impensable.
Palabras bonitas, sacadas de la galera,
como si la vida fuera un libro motivacional.

De saberse lo bello subjetivo,
no habría tantas mujeres enfermas,
al límite del hambre y el delirio,
rompiendo sus huesos en un quirófano.

Y nuestras niñas con ello crecen,
viendo rostros hinchados de bótox;
cabellos azabaches convertidos en paja,
tratando de alcanzar aquel rubio ceniciento.

La búsqueda de YouTube plagada
de consejos para cambiar el tono de piel,
frotar lo impensable hasta ser harina blanca,
o broncearse al borde del cáncer dérmico.

Las niñas crecen esperando,
desean verse como muñecas.
Las adolescentes nos frustramos notando
que aquello nunca llegará.

Níveas siempre,
blancas al natural o bronceadas;
esqueléticas o curvilíneas pin up;
rubias, para que nos llamen tontas.

Narices pequeñas sí,
aguileñas y anchas, no.
Ojos grandes y claros,
muy lejanas a las miradas rasgadas.

¿Dónde están las mujeres negras
y aquellas con sus cabellos rizados?
¿Dónde están las indígenas y las asiáticas,
con sus melenas más oscuras que la noche?

La forma en que nos vemos,
la forma en que nos perciben,
nos condiciona de forma u otra
por el resto de nuestras vidas.

Me atrevo a decir entonces,
con todas mis cartas sobre la mesa,
que la belleza está colonizada;
lo eurocéntrico es lo único que puede ser bello.

Haciendo de lado al resto,
a todo lo no hegemónico.
Creando niñas entristecidas
y mujeres agotadas.

Esa belleza tan "subjetiva"
que nos arrastra y enloquece,
nos limita y decrece,
no es más que una tortura.

Pero de tanto hablar de lo bello,
mi mente ha perdido el hilo.
Me pregunto entonces
qué tan necesario es el concepto.

Ser bellas no es necesario,
por el contrario, alego,
necesario es no querer serlo,
solo así nos hallaremos en libertad.

Y aunque yo sé eso,
y lo comento con certeza,
no me quita el miedo
cada mañana frente al espejo.

Empatizo con cada mujer
y sus ansias de ser gustosas.
Lloro con ellas y jamás las culpo;
aguardo nuestro día de paz.

Bellas para morir,
en palabras de Esther Pineda.
Jamás satisfechas,
cambiando hasta la muerte.

Lo diverso es algo hermoso,
Eso pregonan como himno.
Ignorando la realidad de ellas,
desestimando sus experiencias.

Hermosura habrá en lo diverso
Cuando esas diferencias no dañen.
Abramos la mente que no duele,
y escuchemos desde el respeto.

Porque están sufriendo por ello.
Las olvidadas, las nadie.
Las que con un slogan no se conforman.
Las que cambiamos hasta la muerte.

LA HAMACA DOBLE DEL JARDÍN

Agustín Anriquez

¿En qué pensamos cuando hablamos de lo diverso?

Yo pienso en la hamaca doble del jardín de infantes y en Francisco.

Francisco tenía los ojos más celestes que el cielo, a mí me encantaban sus ojos. Yo los tenía color miel, aún los tengo así; él también. Pero yo no quería tener los ojos de ese color que tenía Francisco, a él le quedaban muy bien los ojos celestes y a mí los de color miel.

Francisco, un día, jugando en la hamaca doble del jardín, me pegó. Así, de la nada. Y, bueno, yo se la devolví, con la bendita suerte de que la señora Celeste -se llamaba igual que el color de los ojos de Francisco, tal vez por eso era que me gustaban tanto- me vio.

Mandó una notita para mi mamá. En el camino de regreso a casa yo iba pensando en cómo decirle a mi mamá de la existencia de esa nota, también pensé en agarrar mi mochila, guardar unas cosas que me fueran a hacer falta y huir. Creía que a mi mamá le agarraría la furia de las mamás enojadas y no me dejaría ir a jugar a la plaza el domingo. Pero no, yo ya era grande, tenía 5 años y debía ser valiente y hacerme cargo de mis actos, aunque Francisco haya sido el que me pegó primero y yo solo debía defenderme. Aparte, si huía, ¿quién me iba a dar el beso y el abrazo antes de dormir?

Mamá leía atentamente ese montón de letras que la señora Celeste había mandado en mi cuaderno, casi una hoja llena de letras que yo no entendía, pero que de seguro decían lo que había pasado. Después de leerla, se sentó a mi lado y me preguntó lo sucedido. Yo le conté y ella solo atinó a tocar mi cabeza diciendo que mañana debíamos ir juntos al jardín. Yo estaba re contento porque no tenía que preparar la mochila y porque no había dicho nada de que no me iba a dejar ir a la plaza el domingo. «Mi mamá estaba de mi lado», eso pensé para convencerme. Y sí, si era mi mamá, y aparte Francisco me había pegado primero.

Esa noche me acosté y soñé con Francisco, estábamos en la hamaca doble del jardín y de pronto nos empezaron a salir de la espalda unas enormes alas y comenzamos a volar. Íbamos por todos lados, hasta la veíamos a la señora Celeste re chiquitita desde arriba. También podíamos ver a la hamaca doble, nadie la usaba, todos sabían que esa era nuestra. Francisco era mi amigo, aún lo sigue siendo.

Bien peinado y con mucho perfume Pibes (el de la botellita verde que tiene un dibujito de unos nenes con una pelota), marché al jardín de la mano de mi mamá. Con Francisco no jugábamos a la pelota, era más linda la hamaca

doble del jardín porque ahí podíamos inventar un montón de historias. Es importante aclarar que, llegando al jardín, le tuve que soltar la mano a mi mamá porque Marianela siempre llegaba primero; no vaya a ser cosa que pensara que yo era un niño, ya tenía 5 años.

Ahí estaba Francisco, esperándome como cada mañana. Observábamos cómo mi mamá, la mamá de él y la señora Celeste hablaban, claramente y sin ninguna objeción, de nosotros. Pero Francisco y yo queríamos jugar, y siempre nos dijeron que no nos debíamos meter en conversaciones de grandes. Lo lleve a la sala y nos pusimos a armar autitos con los Rasti; Francisco hacía unos autos que parecía que iban a salir andando, ¡un genio, Francisco! Él era mi amigo, aún lo es.

La señora Celeste entró y nos dijo lo que ya sabíamos, que no debíamos pelear, y seguimos armando los autitos. Esta vez, él me ayudaba a armar el mío.

Hace 2 meses que Francisco se tomó en serio mi sueño de aquella noche. Y eso que me olvidé de contárselo. Pero como somos amigos entendí claramente que si yo lo soñé, él también lo hizo; solo que, esta vez, solo.

Su banco vacío en el secundario me enoja un montón. ¿Para qué se fue?, ¿por qué?, si acá jugábamos, charlábamos. Extraño su silla de ruedas andando por la galería. Los profes se quedaron con las planificaciones listas que le preparaban a él, y en la calle ya no se escucha el sonido de su cuatri, con el que andaba por todos lados.

Le pregunté hace unos días a mi mamá, recordando aquel episodio de la hamaca doble del jardín, qué habían hablado con la señora Celeste. Y sí, ella me había defendido, por lo que no hubo penitencias y no tuve que huir tampoco. Me contó que la mamá de Francisco no se enojó, porque Francisco le dijo que me había pegado primero y que yo se la devolví, ¡más vale!

Pero Francisco era mi amigo, aún lo sigue siendo aunque se haya ido a jugar a otro lado sin mí.

¿EXISTE EL AMOR?

Aylén Milagros Platía

Las características humanas tienden a ser definidas e idealizadas con el tiempo. Esto ocurre con todo tipo de sentimientos, comportamientos y costumbres. El amor, siendo el máximo exponente, parece ser una sombra que va detrás de todos nosotros: en algún momento de nuestras vidas nos acecha y tenemos que lidiar con él, mientras intentamos entender de qué se trata. Pero, además de nuestra enredada percepción, que es única para cada individuo, también se suman todas las construcciones sociales que afectan su significado y explicación. Si bien podemos estar de acuerdo en que el afecto y anhelo hacia otras personas es natural en la inmensa mayoría, el inconveniente radica en que, mucho antes de que seamos capaces de comprender o hacernos preguntas acerca de esto, ya estamos expuestos a definiciones preestablecidas y cánones que pretenden enseñarnos qué es amar.

Al cuestionar la existencia del amor en sí, ponemos en jaque todo lo que se da por sentado, y se derrumba el marketing de San Valentín y los productos con corazones. Porque si miramos más allá, podemos darnos cuenta de cómo no existe el amor, sino que existen varios. Cada persona lo define con sus acciones y consideraciones. Es necesario que nos cuestionemos para qué seguir alabando y repitiendo un concepto que con el tiempo se ha quedado vacío, trillado, atropellado por todos los cambios de la vida moderna. ¿Es posible amar hoy en día? ¿Es un sentimiento, una costumbre, una unión, o solo una ilusión?

Lo primero a tener en cuenta sobre esta incógnita es que se dirige hacia otro. A veces, lo otro podemos ser nosotros mismos, siendo el amor un sentimiento reflexivo. Pero la afición que más nos intriga es la que nos ata a otra persona, la del ida y vuelta, pues es la que más mariposas en el estómago -o, mejor dicho, dolores de cabeza- nos genera. Pasaremos toda nuestra existencia dentro de nuestras propias mentes, nunca seremos algo más que nosotros mismos. Lo único que nos arranca la individualidad es el vínculo, la relación con los demás. En las relaciones humanas se presentan sentimientos de todo tipo, pero algunos son más fáciles de comprender. Incluso puede ser más simple explicar y entender el odio y qué lo origina que descifrar el sentido de algo tan habitual como querer a alguien más. Así, el amor duele porque depende de las acciones y voluntades de otro. No podemos manejarlo ni mantenerlo bajo control. El amor es eso que nos une a alguien aunque no queramos. No podemos comprenderlo, racionalizarlo ni hacerlo recíproco.

Hasta aquí todos podemos sentirnos identificados hasta cierto punto. Este concepto ocupa tal lugar en nuestras vidas que ya no podríamos negarlo. Si lo escuchamos, lo vemos, lo consumimos, lo sentimos... ¿por qué no

existiría el amor?

Volviendo al planteo del principio, a veces los valores más expandidos y referenciados terminan siendo los menos reales. La imagen del amor se ha visto inflada y sobrevalorada, tanto que lo hemos convertido en algo de lo más superficial, por contradictorio que suene. Es fácil afirmar que se quiere con toda liviandad, pero no siempre es así realmente. El amor dejó de ser algo genuino para ser una expectativa más en todos nosotros. Así como se espera que pensemos y nos comportemos de cierta forma y alcancemos ciertas cosas, también se espera que amemos, cómo, cuándo y a quién.

Por eso es que al preguntar si existe el amor no se están poniendo en duda las reacciones químicas de nuestro cerebro, nuestros instintos de supervivencia o nuestra naturaleza social. El objetivo es llegar a un punto de conciencia donde nos saquemos la máscara de romanticismo y veamos qué hay debajo de esta para cada uno de nosotros.

Por ejemplo, si Platón hubiese querido definir al amor de una única forma, dando una respuesta suprema, en vez de escribir un diálogo con diversas opiniones hubiera redactado un ensayo exponiendo su conocimiento. Pero no lo hizo, en su obra se escuchan todas las voces, por más que se refuten y superen entre sí para demostrar que la definición de amor no debe ser un ultimátum, sino una construcción. Incluso han pasado a la posterioridad las interpretaciones menos esperadas, como la idea de que nos pasamos toda nuestra vida esperando a nuestra otra mitad. Considero que por esto es que se dice que, desde El Banquete, poco más se ha dicho sobre el amor, ya que este condensa en unas pocas páginas lo más importante: el amor existe de una forma diferente para cada uno, y lo importante no es intentar definirlo sino cuestionarlo para saber qué es eso de lo que estamos en búsqueda.

En la actualidad nos hemos olvidado de esa parte tan importante, en parte por la sobredosis de información a la que nos vemos expuestos. Es difícil escucharse a uno mismo entre tanto ruido, es decir, pensar a través de los mandatos y estructuras que se nos imponen, cuando lo más importante para comprender el amor (y todo, en realidad) es la introspección. Pero este no es el único obstáculo de la contemporaneidad. No bastaría con intentar dejar de repetir lo que otros nos dicen y buscar nuestras propias respuestas; porque esto no es lo único que nos condiciona.

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en su obra, expone algo más: es un baldazo de agua fría que nos concientiza de lo carentes de amor que estamos. Si con Platón nos habíamos motivado a amar "de manera conscien-

te", la Agonía del Eros (que ya desde su título nos plantea un paralelismo: si en Platón el Eros era primero el amor y luego solo un intermediario, para Byung-Chul este directamente está agonizando mientras desaparece) nos hace ser conscientes de lo incapaces para conectar que nos hemos vuelto. Él caracteriza al humano en la actualidad como narcisista, ensimismado en un falso sentimiento de libertad y más alejado del otro que nunca.

Caminamos por la vida con un espejo por delante, en todo no vemos más que partes de nosotros mismos y de lo que queremos. ¿Podemos amar si, más que anhelar a las personas, solo queremos de ellas lo que nos complace, idealizándolas y destruyendo lo que su existencia realmente significa?

Más que dar una respuesta a la pregunta inicial, me propongo incentivar el cuestionamiento: que cada uno de nosotros se plantee si realmente alguna vez ha amado o solo cree haberlo hecho, y por qué. Si algo queda claro en estos aspectos es que no hay consideraciones correctas o erradas, sino que todas aportan en distinta medida a conocer los aspectos que nos constituyen como seres que piensan y sienten.

En épocas de deconstrucción, planteemos interrogantes acerca del amor: la familia, la pareja, la amistad. Primero conociéndonos a nosotros mismos, y así poder tratar con los demás, devolviéndole la humanidad y la dimensión a las relaciones interpersonales que se han tornado mecánicas y desconocidas hasta para sus propios integrantes.

Bibliografía

- Platón. El Banquete, Ed. Agebe, 2013
Byung-Chul Han, La agonía del eros, Ed. Herder, 2014

LA MIRADA DEL ARTISTA

Lucía Candelaria Casaballe

Clara percibió las luces del día, lejanas en la ventana que estaba a tan solo un metro de su cama. Le pareció casi como un error en la realidad y lo ignoró como siempre.

La puerta de su habitación también se veía rara desde donde su cama estaba ubicada. Tal vez un poco más abierta de lo normal.

Se le ocurrió que sería interesante y divertido sacar fotos con sus ojos para intentar dibujar esa escena. Si pudiera, probablemente lo haría con todo lo hermoso que alguna vez observó, así no olvidaría nunca lo que sintió al presenciarlo.

El frío piso de baldosas blancas esperó el contacto de su piel.

A tres pasos, la figura de una mujer distinta a Clara, pero idéntica, enmarcada en un espejo antiguo que encontró gracias a su instinto en el negocio de muebles usados.

Clara miró hacia arriba, a la línea que indicaba el final de la pared, tomó con sus dedos recién despiertos los lados del espejo y acomodó su línea superior para que quedase derecho.

Sus ojos resbalaron al buscar su reflejo y encontraron los bordes de una silueta. La recortaron al ritmo de una canción.

¿Podría dibujar aquel cuerpo?

El trazo de su mirada se movía por los bordes, escribiendo palabras calificativas, algunas escuchadas, algunas pensadas.

Dibujaba tiempo: el que pasó y cambió a ese cuerpo, y el que no lo cambió a pesar del esfuerzo. Dibujaba las marcas del contacto que tuvo con otros seres, con otras cosas.

Dibujaba otra figura, por encima, aquella que le enseñaron cuando le hablaron de estructuras y proporciones. Ninguno de estos trazos coincidía con las líneas que se observaban sobre el espejo.

Cerró los ojos con fuerza.

Ahora solo existían en aquella habitación millones de materiales, colores y formas. Un cuerpo respirando agitado y luz que rebotaba en la superficie del espejo.

Clara nuevamente comenzó a dibujar, pero no el cuerpo que hace segundos veía en el espejo.

Volvió a escuchar la música mientras su atención viajaba por las sensaciones de la forma de su cuerpo, de su piel.

Nunca podría dibujar ese cuerpo, y el cuerpo bailó.

LO DIVERSO QUE ES AMARTE

Mailena Bianca Olmos Guerrero

No sabía qué escribir, qué historia inventar, no sabía si nombrarte en algo tan propio como la escritura. Decidí escribir sobre todo lo que nunca voy a mostrarle a nadie, porque es lo más diverso que encontré.

Tengo aproximadamente cien escritos que gritan cada letra del apodo que te puse para que no supieras de quién hablaba; también tengo escritos sobre los golpes de la vida, unos más fuertes, otros más suaves y algunos con ritmo. Tengo, por supuesto, escritos sobre la naturaleza, cada atardecer que me dejó dada vuelta, cada árbol que me impresionó con sus colores, cada nube que me acarició el corazón. Tengo de todo.

No podrías imaginarte la cantidad de hojas que usé para tratar de entender cuánto me doliste y cuánto supe amarte, pero a pesar de eso sí sabés cuántas lágrimas derramé de la emoción porque a mis mejores momentos los pasé con vos, porque siempre, de alguna forma, estás ahí.

El otro día, me emocioné viendo un arcoíris por la ventana y me enojé porque no me trajo nada de suerte, no te trajo. Llovía sin parar y me imaginaba tu felicidad por estar en tu cama disfrutando de tu clima ideal, ¿debería decir que me arruinaste el mío? Porque solo sé que ahora el frío tiene tu sello, tu perfume y tu humor.

Intenté prepararme un café, con tres cucharadas de azúcar solo para hacerte la contra, porque sé que te gusta amargo. Le agregué chocolate porque sé que no hay cosa que te desagrade más, esperaba decírtelo para que te indignes y me digas lo de siempre, quería escucharte, pero sé que ya no estás.

Volviendo un poco, tengo escritas muchas historias de amor trucas, probablemente porque no sé cómo terminan. Dejé un final feliz plasmado en un papel una vez y ahora temo que no se cumpla. Quisiera que me ayudes a terminarlas, ves la vida con los ojos soñadores más hermosos que conocí, y a mí me parece todo demasiado optimista.

Escribí sobre esto también, sobre cómo te dejé con las esperanzas pintadas en la pared y cerré la puerta; escribí sobre cómo me retorcí en mis pensamientos una noche de miércoles; escribí sobre cómo la vida se veía diferente desde tu punto de vista y por alguna razón es al único al que me acostumbré. Ver como solía hacerlo no me conduciría a nada más que al fracaso en encontrarte.

Escribí sobre la última mirada que cruzamos, llené un cuaderno entero. ¿Cómo explicarlo? Nos conocemos, nos entendemos, dijimos las mismas palabras al mismo tiempo, y nos miramos sin avisarnos y aún así coincidimos, no me pasó con nadie, nunca.

Te busqué en los paisajes que miraba y en todas las canciones que escuché, tu

cara se aparece en cada palabra que leo y te escribo para por lo menos sacarte de mi mente.

Los pájaros me cantan una melodía que relaciono con tu voz, y el susurrar del viento, con tu respiración. Estás en todos lados, salí.

Escribí sobre cómo sería perderte y sin darme cuenta lo llevé a cabo, mas no te saqué completamente de mí, tengo tus fotos para no olvidarte y tus reflexiones marcadas en el alma. Creo que, de todo lo que existe, tu ser es lo único que lo explica. No me des libros ni largas investigaciones, tu risa los supera, por mucho.

Escribí sobre la variedad de ojos que me crucé a lo largo de mi vida, y hay un poco de los tuyos en cada uno. Escribí sobre qué es el amor, y aparecés explicándolo. Escribí sobre los finales, y evité a toda costa que aparecieras. Escribí sobre la felicidad, y la definiste. Escribí sobre los viajes, y eras quien me los proponía. Escribí sobre el mundo, y resultó ser que vos lo inventaste.

Me quedé con un pedacito de mapa que te arranqué de la mochila la última vez que te vi, no veo a dónde me lleva, pero espero que a vos o, en su defecto, a mí.

Actualmente me pregunto qué será de tus días, si te compraron el celular que te gustaba, si mejoraste dibujando, si ya no te hace mal desayunar coca con galletas, si tu perro está bien, si tu mamá consiguió el trabajo que quería, si terminaste la serie que empezamos a ver o si te olvidaste de mí.

Te quería contar que mi familia me visitó de la nada, ¿te acordás las veces que tuvimos que interrumpir la peli por eso? Bueno, se van de vacaciones el martes, pero vos te fuiste hace un mes.

Escribí sobre la otra vez que no te pude pedir perdón. Y pensaba en que ese es el mayor momento de vulnerabilidad de una persona, el momento en el que tiene que pedir perdón. Es caer de rodillas ante alguien más, es admitir que te equivocaste y, por ende, que pensaste, reflexionaste al respecto; es admitir que el error fue tuyo, es transparentarse y ponerse en manos de un otro. Dependemos de un tercero para ver qué tanto peso vamos a cargar, qué tanta culpa, qué tanto arrepentimiento. Y debo decir que te merecés que alguien haga eso por vos y yo merezco confiar en que si estoy en tus manos no me dejarías caer, pero fui en contra de todos mis principios para no ir en contra de mi orgullo. Y eso sí es algo de lo que me arrepiento.

Si debo decir qué significó para mí conocerte, diría que 1500 palabras no son suficientes; diría que me hiciste conocer emociones que no sabía que existían; diría que ya no hay nada que me atemorice porque te tengo como armadura; diría que me enfrentaste a mí misma y yo lo transformé en un duelo, y todavía no se sabe quién va ganando; diría que atándome a vos me permitiste ser libre.

Mientras escribo esto tengo música puesta a todo lo que da porque quiero permitirle a mis manos escribir, sin que mi razón se entere, lo que me rehusó a aceptar; no quiero pensarte tanto tiempo; no quiero darte el lugar ahora que debí darte antes de que te vayas; no quiero perderme un segundo más de silencio porque quiero empezar a escucharme; no quiero olvidarme de que existí antes de que existas, ni de que el tiempo para para dejarnos verlo; no quiero fotografiar un cuerpo inanimado si ya lo encuentro en el espejo; no quiero dormir porque es peor si te veo en mis sueños.

Quiero que el mundo siga siendo dinámico para apreciar cada movimiento; quiero que nada cambie por hoy; quiero vivir la incertidumbre; quiero vestir la sabiduría; quiero correr descalza sin mirar qué hay detrás; quiero dejar todos los miedos encerrados para que se conozcan; quiero emanar libertad por los poros; quiero ser una parte de mí que está estática en su punto más alto de felicidad; quiero que entiendas que, si tenemos que ser, seremos.

OFFLINE

Analía Estela

Sale a la calle y se encuentra con las caretas blancas. Todas iguales. No hay roce de manos ni intercambio de palabras. Todo el mundo mantiene el mentón alto y recto, sin siquiera ojear para sus costados. O eso parece. Es difícil interpretar los gestos faciales de una cara que no se puede ver.

Ángel se asoma a la ventana para espiar por la rendija. Siente en el hombro derecho la fuerza de su madre que lo tira para atrás, dejándolo de espaldas al suelo. Alterada y con la voz aguda le chilla que no se acerque sin la máscara, que ya sabe los riesgos. En promedio mueren cinco o seis personas grandes, desacostumbradas a los cambios. Matan, pero nadie usa esa palabra. Prefieren términos como "advertencias", "enseñanzas", "cumplimiento de leyes". Hace ya diez años que se dice así. Ángel se levanta a las sacudidas y pide disculpas. Con diecisiete años es difícil controlar los impulsos de la curiosidad, sobre todo cuando lo prohibido no se termina de entender.

El reloj marcando las siete y treinta de la mañana le advierte a Ángel el comienzo de clases. Levanta la pantalla de la computadora y se encuentra con veinte cuadraditos de rostros que no ve en persona desde el jardín de infantes. Aparece un cuadrado más grande con la imagen de la profesora que empieza, una vez más, con la importancia del cuidado y del no contacto humano. Enumera las consecuencias llamándolas por otros nombres, menos "matar" o "ejecutar". Los chicos escuchan atentos, toman nota y asienten de manera efusiva y pareja. Ángel no siente comodidad con la charla, no termina de entender el problema de verse con otras personas, de sentir el calor humano. Recuerda sus momentos de chico jugando y compartiendo, pateando una pelota y viendo la cara de felicidad de sus amigos, de su familia, de las personas haciendo sus actividades. De las parejas de la mano, de los besos. Piensa en cómo se sentirá besar, abrazar a alguien que no sea su mamá o su hermano, del roce, el sexo. Activa el micrófono y pregunta. La profesora, espantada, se pone derecha y comienza el discurso.

-Hace diez años, cuando estas medidas comenzaron, todo era un caos. Los adolescentes, como vos, empezaron a suicidarse por las relaciones fallidas y la falta de interés en lo sentimental. Las infidelidades aumentaron y, con ellas, las enfermedades de transmisión sexual. Los crímenes pasionales hicieron un aumento exponencial y la tasa de embarazos deseados y no deseados era incontrolable. Las personas perdieron la capacidad de autocrítica y el gobierno tuvo que interferir. Así es que se llegó a la virtualidad para todo: para conocerse, para interactuar, charlar, convivir y hasta tener relaciones. Si una mujer desea ser madre, puede realizarse una inseminación. Y las personas que están obligadas a salir de su casa deben hacerlo con más-

caras y trajes negros, para evitar tentaciones de reconocerse. El cambio es duro para la gente grande que viene de esa realidad oscura. Pero ustedes se pueden adaptar, se deben adaptar si no quieren recibir las advertencias. No quiero que se pregunte más esto –termina la maestra.

Ángel sigue observando las cabezas asintiendo, como si ya no fuera voluntario, sino más bien un reflejo. Un minuto después, siente el celular vibrar.

Un calor húmedo le recorre toda la espalda. Las manos transpiradas le dificultan desbloquear la casilla de notificaciones. Sabe que puede ser una advertencia. Se arrepiente al instante de la estúpida pregunta hecha en clase, quién se cree que es para desafiar así a la profesora. Él no sabe nada. Es obvio que por alguna razón está todo así, por más de que no logre entenderlo. Personas que saben tomaron esa decisión.

Con la mano temblorosa logra lo que hacía diez minutos estaba intentando y se encuentra con una sorpresa. Los emojis de un hielo, un oso, un limón y un árbol se destacan en la pantalla. Ángel, desconcertado, contesta con un signo de pregunta. Recibe como respuesta otros emojis: el número uno, el ABC y la lupa. Más desconcertado aún, se queda observando la pantalla como quince minutos, intentando descifrar los mensajes. El ABC es el abecedario, eso es seguro. La lupa significa que hay un mensaje oculto, pero el número uno lo descoloca. Una sola palabra, o que tiene un minuto para descubrirlo. Se siente jugando al dígallo con mímica. Junta los datos y llega a la conclusión de que tiene que leer la primera letra de cada palabra. ¿UAL? Duda. No puede significar algo. Prueba con el primer mensaje. HOLA. Pega un saltito de alegría, ¡había descubierto la clave! Ahora solo le falta saber quién se encuentra del otro lado.

Responde siguiendo la misma estructura. Así se desenvuelve la conversación. Descubre que se trata de Franco, un compañero de las clases virtuales al que nunca le había prestado atención. Charlan de todo un poco, desde familia hasta sueños y metas. De sus gustos y pasiones. Descubren que tienen muchas cosas en común y muchas otras no. Que les gustaría conocerse. Se imaginan saliendo a trotar, haciendo viajes, conociendo y conociéndose. Descubriendo lugares y sensaciones. Ángel disfruta del calor que le sube a la cara cada vez que observa emojis en la pantalla. Un día arreglan todo y se encuentran. Con las piernas temblorosas y la cabeza derecha, caminan por las calles haciendo de cuenta que no se conocen hasta que se encuentran en un viejo departamento abandonado, casi en las afueras de la ciudad. Diez kilómetros por semana caminan solamente para disfrutarse. Para sentirse. Derrocan en su cabeza las prohibiciones y llegan a la conclusión de que nada

podría ser mejor que sentirse como seres humanos, de carne y hueso, y no como una pantalla.

Una tarde, una persona los sigue, los encuentra y los delata. Dos policías con uniformes blancos los llevan a la plaza. Los desnudan y en frente de dos cámaras empiezan a azotarlos. La imagen se transmite en vivo a través de todas las pantallas. Se hace más viral que cualquier otra advertencia porque es la primera vez que son jóvenes quienes osan incumplir las leyes. Los gritos de sufrimiento conmueven hasta al más estructurado. Las lágrimas de los chicos caen como una gotera averiada. Un golpe en la nuca de Ángel detona la situación. Más jóvenes, de distintas edades, alturas y estilos, salen a la calle sin máscaras.

Con palos, sillas y lo que encuentran en el camino atacan a los oficiales de turno. Retiran los cuerpos del medio de la plaza. Una joven se para frente a la cámara y pega un papelito con algo escrito. Se visualiza en vivo y en todas las pantallas una oración: "Que empiece la revolución".

INVISIBLES

Aldana Gabriela Galli R.

Mis ojos arden y los oídos me pitan, las luces y el ruido de todos hablando me abruma. Respiro hondo, sé que el profe no va a dejarme salir a respirar. Cierro los ojos y me tapo los oídos con cuidado, intento no llamar la atención, es complicado explicarle a alguien que tu cerebro percibe todo de manera diferente sin sentirte juzgado. Vuelvo nuevamente mi atención a la explicación, pero no puedo concentrarme, me tiembla la mano.

La lapicera hace ruido cuando impacta contra el suelo. No sé en qué momento la solté. Mi compañera de banco me mira, no me juzga, pero es evidente que está esperando que recoja la lapicera o reaccione de alguna manera. No puedo, estoy paralizada, acabo de disociar y mi cuerpo ya no es mío. En un esfuerzo absoluto me inclino y, tratando de no golpearme debido a los temblores, recojo la lapicera. Ella me mira intentando saber qué me pasa, yo sonrío, o al menos creo que lo hago. Me giro hacia el pizarrón, y ella hace lo mismo, el ruido disminuyó, pero mi cerebro sigue pulsando y no puedo calmarme. Me odio por aceptar los mates que me ofreció mi mamá a la mañana, sé que la mateína me altera y aumenta las posibilidades de un ataque, y aun así los tomé. Me odio por eso, y quiero llorar, porque la piel me pica y mi mente arde. Y los odio y odio el cartel de respeto a la diversidad que hay pegado en la pared, y odio al profe. Y odio al mundo por haber nacido hipersensible, y odio a la época, y a la desinformación, y cómo lo que no se ve, no importa, y cómo me hace desear sangrar durante los ataques para que alguien se preocupe alguna vez. Y cómo me ha hecho aprender a controlar todo mi sistema nervioso para no reaccionar ante los toques de los demás. Y cómo, desde que nací, vivo sin mencionarlo, porque sé que no lo entenderían y porque a los que lo entienden no les importa. Cómo vivo evitando mencionar que las cosquillas habitan todo mi cuerpo, todo el tiempo, porque sé que solo intentarán comprobarlo y sé que tendré que volver a usar todo de mí para no reaccionar, porque me llamarían exagerada.

Suena el timbre y respiro, sé que no odio todo, pero durante los ataques, en ese momento en que simplemente quiero llorar y desaparecer, en esos momentos donde todo parece horrible, me siento vacía. Y lo odio todo, porque es más fácil separarse de los demás que vivir intentando que lo entiendan.

Afuera del aula está él, lo abrazo, huele a galleta, quiero decir, el olor es pesado y dulce, como cuando entrás en una casa donde acaban de cocinar. Su olor me es familiar y me calma, me hace acordar las partes buenas de lo que soy, la capacidad para sentir el olor con tanta claridad, cómo todo se siente con más intensidad y, aunque lo malo abruma, puede ser maravilloso.

Así, viendo la parte positiva, cuando te hundes en tus demonios, estos te

enseñan dónde estás herido y cómo sanar. A veces, eso ayuda a otros. Es una cosa que adoro de la hipersensibilidad: la capacidad que me da para entender a los demás, cómo me permite saber qué piensan y qué sienten, cómo esa empatía me hace capaz de acompañar a todos a los lugares más oscuros, porque yo ya he estado allí y sé moverme con comodidad.

Lo miro, sus ojos claros me devuelven la mirada con preocupación. No me siento con la capacidad de soltarlo, es demasiado cómodo. Pero lo hago, porque, aunque me sirve de luz, no se lo diría, no le cargaría con tal responsabilidad. Ser el anclaje de una persona neurodivergente es difícil, y él es tan simple y neurotípico que sé que no podría con la responsabilidad. Además, no quiero enfrentarme con la idea de que ni siquiera quiera la responsabilidad.

Es algo de lo que pienso, son mis momentos oscuros, aunque sé que si le sigo mirando habrá algo en su tranquilidad que me llevará puesta y que cuando me pregunte cómo estoy, por segunda vez, no podré mentir.

Ya estamos afuera. Y bajo el sol y el suave viento, agradezco ser como soy, porque no sé qué gracia tendría la vida si no sintiera tan claramente la caricia del viento, o si no viera los colores con tanta intensidad como lo hago, o si su risa no quedara grabada en mis recuerdos de forma permanente.

Vamos donde siempre, todos están ahí. Kay me abraza y veo en sus ojos verdes que no ha tenido un buen día tampoco. Es la única persona que conozco que también es hipersensible y siempre he sentido la necesidad de protegerle, porque sé lo que se siente.

Y ese es el problema con la hipersensibilidad y otras neurodivergencias, que es casi imposible que alguien entienda lo que se siente. Porque, como no se ve, escapa de la comprensión de la mayoría y, como siempre que algo es distinto o difícil de entender, asusta. Porque lo desconocido causa rechazo, porque lo que no se nombra no existe, porque para ellos, somos invisibles.

EL CASO DE ENZO EL RARO

Valentina Guiñazú

El hombre de túnica negra abrió el maltratado cuaderno, pasó lenta y cuidadosamente las hojas durante unos segundos, se detuvo en la única página marcada y comenzó a leer.

Hoy es 13 de mayo, la escuela inició hace unos meses y, como de costumbre, me encuentro solo a la hora del almuerzo. Soy "Enzo el raro". ¿Por qué no lo haría? Lucas me ignora desde lo que sucedió la semana pasada, ¿acaso no lo escribí?

Lucas, mi vecino y amigo -o al menos lo era- me invitó a una fiesta que organizaban sus amigos, Tiziano y Daniel. La verdad es que no quería ir a esa fiesta, pero Lucas, y también mis padres, insistieron tanto que cedí.

Llegué al lugar de la fiesta, toqué la puerta y él me abrió. Por unos segundos, que parecieron eternos, me quedé como un tonto mirándolo. Vestía sus típicos jeans negros, Vans rojas y una remera rosa claro. Cuando sonrió de forma engreída, miré rápidamente hacia otro lado.

-Harás que me sonroje, Enzito -dijo de forma provocativa.

-No es mi culpa que te guste que te miren -respondí de igual forma.

-Solo que tú lo hagas.

Antes de que pudiera responder, Tiziano apareció.

-Dejen de coquetear y vengan de una vez.

Ambos obedecemos, sin negar lo que hacíamos.

No pasó mucho tiempo hasta que todos, incluido Lucas, se emborracharon, lo que dio como resultado ciertas situaciones...

Buscaba el baño cuando entré en una habitación por error, iba a salir cuando me tomaron del brazo y me tensé.

-Eres tan hermoso. -La voz borracha de Lucas me relajó-. Todo el tiempo te miro y quiero besarte.

-No te veía como el tipo que, cuando se emborracha, se sincera.

Comencé a reír cuando sentí sus labios sobre los míos, tardé unos segundos en responder y devolverle aquel beso que, tal vez, anhelaba tanto. Aquel momento terminó tan rápido como llegó.

-Yo no... yo no puedo -tartamudeó antes de huir como un cobarde, dejándome allí, atónito y con millones de dudas.

Volví a mi casa lo más rápido que pude y me encerré en mi cuarto, en un vano intento de olvidar todo. Como no podía sacarlo de mi cabeza, decidí hablar con él. Así lo hice, lo busqué al otro día, pero me ignoró.

-Él no habla con maricones como tú -me gritó uno de sus amigos.

Todos se rieron, incluso Lucas. No me volví a acercar y, definitivamente, él tampoco.

Esta mañana abrí mi mochila y encontré una nota: «Nos vemos en tu casa a la tarde. Lucas».

Supongo que ya no me ignora, espero que me dé buenas explicaciones.

El hombre cerró el cuaderno, su rostro completamente serio.

-Señora, ¿sería tan amable de acercarse y terminar la historia?

Una mujer un poco avejentada, de cabellos oscuros, con ojeras y aspecto demacrado, se acercó al juez temblorosamente.

-Enzo me dijo que un amigo iría a la tarde, que tenían que hacer tarea. -Una lágrima recorrió su mejilla-. Eran las 5 p. m. cuando oí los gritos.

-¿Qué decían? -indagó el señor.

-Decían... que él no era marica, que todo era su culpa.

-¿Tu hijo lo dijo? -preguntó ahora, pero la mujer negó con la cabeza.

-Lucas López, acérquese por favor. -El muchacho asintió y se acercó al podio-. Usted está acusado bajo el cargo de homicidio en primer grado, ¿tiene algo que decir en su defensa?

Él asintió.

-Fue su culpa, yo no soy como él, estaba enfermo -se defendió.

-La corte ha oído suficiente, el juzgado ya tiene su veredicto. -El juez observó a la familia de la víctima-. Lo declaro culpable.

Y, finalmente, hizo sonar el martillo.

LA BRUJA DE SINEJAD

María Victoria Horvath

Soy la malvada bruja de Sinejad. La escabrosa criatura que masacró a diecisiete habitantes de este pueblo. Y hoy, ellos me están haciendo pagar por mis crímenes en esta fosa en llamas.

En otras palabras, soy la villana de esta historia que está recibiendo su merecido.

Lo irónico es que conmigo, en esta quema de brujas, hay dos jóvenes más sacrificadas en vano. Ellas están ardiendo y derramando lágrimas de inocencia.

Cuando era pequeña, mamá me advirtió sobre esto. Me contó lo que pasaría si les demostraba a los demás la magia que llevaba dentro.

Hoy, veinte años después, estoy aquí siendo abrazada por las llamas anaranjadas que arden a mi alrededor.

Veo a todos estos desagradecidos pueblerinos gritando y queriéndome ver sufrir. Pero el dolor no me hace gritar porque las llamas no tocan mi piel. Ellos todavía no lo notan, pero cuando lo hagan, estoy segura de que correrán, volviendo por las huellas que antes dejaron en mi caza.

Ellos me acusan y yo acepto mis pecados.

Sé que lo que hice no está bien. Nunca diré que arrebatarse una vida sea algo bueno. Pero aquí todo es más que blancos y negros.

Acepto que al principio quise matar a esas diecisiete personas por mi propio egoísmo, pero luego los hechos no se desarrollaron así.

Esas diecisiete personas mataron a mi madre y luego me convirtieron en un objeto más dentro de sus subastas de terror.

Sigo teniendo pesadillas con aquellos años. Ninguna de las que estaba dentro de esa trata de personas era más que un objeto con un alto precio.

Me costó años escapar y perseguirlos, hasta que un día llegué a este pueblo, Sinejad. Me pude adaptar a los pueblerinos... hasta esa noche.

Los jóvenes volvían a desaparecer. Ya nada era seguro y todos vivían con miedo.

No hubo más tiempo de escapar y tuve que arrastrarme hacia mi pasado una vez más. Yo era una de las pocas que tenía el poder de detenerlos.

Y así lo hice. Pero los habitantes del pueblo me atraparon y me juzgaron.

Me dieron una condena que me estaban haciendo pagar. No puedo reprocharles nada, yo hice lo mismo con esas diecisiete personas. También las condené a muerte.

De esa manera terminé aquí. Dentro de este caos de risas y gritos.

Miré a las dos jóvenes junto a mí con lástima, ellas no habían hecho nada. Eran otras chicas que habían terminado siendo víctimas de esa horrible subasta. Pero como no lograron escapar con suficiente tiempo también fueron atrapadas y juzgadas.

Tenía que huir de aquí.

Suspiré y les sonreí a todos mis atentos espectadores.

-Les deseo una buena vida.

No había nada más que decir, ellos no me escuchaban. Y si lo hacían tendrían millones de interpretaciones sobre mis palabras.

En medio del humo desaparecí llevándome a las jóvenes conmigo. Ante mi juicio son inocentes.

En fin, soy la bruja de Sinejad, soy la asesina de diecisiete hombres. Soy... soy tantas cosas...

Para los pueblerinos, la villana; para las dos jóvenes soy una heroína; para algunos soy un monstruo sediento de venganza, y para otros fui la muerte.

Soy un ser tan diverso que si no me aferro bien a mí misma, ante mis ojos yo ya no seré más nada que un caos de hilos enredados.

Yo soy Elizabeth, una bruja y una hija que no escuchó los consejos de su madre.

LA CAÑA Y LA TANZA

Elías González Basualdo

Primera parte

Pomo revoloteaba la caña con una fuerza difusa, los reflejos amarillentos sosegaban su limitada percepción, la caña era un palo hasta casi romperse. Froté mis pies en un verde pasto húmedo, los yuyos abrazaban mis dedos, una conexión maternal con la tierra. Mi padre se acercaba, él seguramente habrá sentido la misma sensación, y su padre (mi abuelo sobre una realidad espesa) habrá sentido lo mismo, y yo creo, me atrevo a decir, podría tener toda una legión: un linaje familiar sobre mis pies. La sombra triangular del puente regaba su opaqués sobre nosotros, la arbolada que costeaba emitía un sonido mágico: si lo pienso mejor, podría ser (o tal vez no) una vibra meliflua que forma parte de mí desde los principios distantes en que la razón formaba una débil presencia sobre mi mente. Pomo era un niño pobre, así nomás, tildaba unas telas desgastadas, el pelo mugriento (que yo recuerde jamás lo he visto limpio, ni en mis sueños), los cachetes ahuecados retrataban el vacío concepto de un cráneo humano. La fana es muy traidora, una toma veranial: con destellos que se desintegran desde el centro, enfoco la vista, puedo ver las partículas que se alteran en el aire.

Pomo se sienta sobre una piedra esperando un aventón de suerte. Gira la cabeza, me sonrío, localizo su sufrimiento en los más mínimos gestos, una montaña de melancolías habrá entrado por su nariz en algún momento, y él seguramente, conociéndole, habrá tomado las opciones que sean necesarias y volverá con una resiliencia casi intacta. En síntesis: Pomo era un hombre de buenos principios, jamás lo he visto titubear en ningún conflicto. Vuelve su mirada al frente.

-Culiau, ¿qué será vivir ahí? -Tragó saliva, puedo ver su cuello moverse de abajo para arriba-. Tan forraos de plata, ¿sabes qué haría con tanta plata? Primero le compro una banda de giladas a la Mai y después qué sé yo... Todo por el naso vo' sabe. -Se ríe, aterriza la mueca en una mirada profunda, sus ojos delatan un deseo inalcanzable. He añorado su felicidad, en cambio, la realidad en ningún momento se ha permitido dejar de ajustar. Torniquetes que paran el aire, él había abandonado toda razón para ser uno con el mundo.

La caña comenzó a cabecear de una forma desesperada, un hilito finito cortaba el aire. Pomo se abalanzó sobre la débil caña y equilibraba la rigidez de su columna para no ser parte del fango del río. Iba y venía, su esternón cumplía un movimiento de vaivén, podría jurar que era una danza de hipnotización. Cedí a quedarme quieto, lo tiré de atrás, me metió un codazo, interpusé labor, retrocedí, ¡qué imbécil!

-Dejame, te ayudo. -Vuelvo a intentarlo.

-Salí, salí.

Freno la vista, la espalda de Pomo era una fornida espalda, la gente camina tranquilamente encima del puente yendo en dirección a Urca, su seriedad reafirma el hecho de que varios metros para abajo nos encontrábamos en mundos diferentes, son personas que solo miran al frente. Lo que sea que estaba en el río comenzaba a salir, deformaba el contorno del agua convirtiéndola en una cúpula burbujeante, desconocida. La caña se quiebra, separa su materia en dos partes, acá llegó la intermitente necesidad de alimentar su familia. Pomo agarró la otra parte de la caña, negándose a perder. Sentía que Pomo tenía la situación bien controlada, pero cuando el pez sumergió su fuerza hacia el fondo, se fue directo con la jeta al piso. Una toma infernal: Pomo recostado sobre el pasto mantenía el brazo tenso con la mano bajo el agua, las venas de los hombros comenzaron a llenarse de sangre, en su cara subía un hervor proporcionándole una piel roja. Si prestaba atención podría escuchar la presión de sus dientes. Sus dos ojos palmaron un blanco puro y Pomo comenzó a gritar. El grito disparó para todos lados, chocó con las hojas de los árboles, con las mareas del río, sobre mis ancestros, y terminaba su destino en una línea que se esfumaba en el puente.

Nadie quería mirar, yo no tenía nada que decir, nada más que unas palabras vacías de socorro que no intentaban ni un poco mejorar la situación (momento, ese grito esforzando la garganta, ¿tendrá los nervios explotados de dolor?). El pez, con una imagen que aún no he podido imaginar, trayectó su cuerpo en una flecha torbellinal para abajo. Pomo se mantenía erguido, representaba los buenos principios que le caracterizaban. El pez volvió (yo digo pez, puede ser cualquier cosa, ¿viste lo que dice Discovery Channel?, desconocemos el 70 % del mar, uno se puede encontrar cualquier cosa). Pomo levantó los hombros en respuesta a la maleabilidad de la tanza. Esta vez, las pupilas de Pomo rotaron en 180 grados, la piel de su rostro se estiró y sacó la mano. El anular y el meñique ya no pertenecían a su cuerpo, los dos dedos los habían cortado en una forma diagonal, despedazados; las puntas parecían arrancadas de un tirón, puntas rojizas, una estructura gelatinosa, un punto blanco delataba el esqueleto de Pomo: él comenzó a sangrar.

Lo tomé por el hombro, le costó mantenerse de pie, subimos la barranca a cuestras y lo llevé a lo de Mai.

Segunda parte

La luz de la luna moldeaba mis pómulos, dándoles un brillo encantador. Seguía traumatado (sinceramente, ni quiero hablar del tema, en ningún momento miré para la barranca). El puente Turín deberá tener unos 200 metros de largo, un recorrido en línea recta. Natael, horas antes, me había invitado a pasar la noche en la costa del río Suquía. El gran disparate sucedió hace una semana, no volví a visitarlo porque sentía un cargo de conciencia que transversalmente era alimentado por la impotencia del momento. Bajando del puente, Natael padecía mirando el río fluir con una energía de calma. Su cabellera rubia devolvía los brillos de la luna como un espejo. Remera blanca, pantalón marrón tirando a amarillo, uñas limpias, una sonrisa de oreja a oreja. Natael es hijo de un amigo de mi padre. A veces cuando lo veo me destallan en la mente nítidos recuerdos de cuando jugábamos a ver quién más alto chapoteaba en la piscina de su casa. Era una persona que sabía qué decir, utilizaba el arte de las palabras y las forma de expresarse de una manera muy precisa, una agradable compañía (igual yo trato de que todos mis vínculos sean agradables compañías, si no me viviría cagando a trompadas). Al frente del río, la barranca aparecía postrada ante mis ojos como un cuadro sangriento, el olor a putrefacción hacía un camino de fragancias hasta permitirse entrar por el naso. Se me revolvió un poco el estómago, la traición araña mis razones de ser justos. Meditando el asunto, llegué a la conclusión de que hay un muro de 50 metros imaginarios rodeado de agua. Uno puede cruzar desde acá (no pasa nada) pero la cosa se complica a la vuelta, si no cumplís una lista de ciertas características, te cagás. Por ejemplo: Pomo se hubiera quedado del otro lado.

Un país joven como Argentina había mantenido siempre un conflicto entre dos partes, una mala y otra buena, unitarios y federales, peronistas y antiperonistas, dos contras que se enfrentan a muerte. Retomo el contexto. ¿Quién es la parte mala? ¿Quién sufre más el desamparo? ¿De qué lado de la barrera el frío es más atroz en la piel? ¿De qué lado los peces nadan más?

Natael sostenía una caña deportiva. La diversidad es un escaso concepto para meter a todos en la misma bolsa, cosa imposible, no podemos decir que un perro de peleas deje de matar, el perro va a matar hasta que alguien acabe con su miserable vida de exilio clandestino. La marea de convicciones de que todos tenemos algo por que luchar, algo por que ser, solo retrata la espesa razón de vivir en un mundo totalitariamente desigual. Natael tensa la caña y despega su cálida mirada al frente.

-A esta hora, los peces salen solos.

Saco el celular, los números titilantes marcaban las dos de la mañana.

-Con esa caña, qué no vas a sacar, culiau.

-Ojo, que nunca fue la caña, yo diría el pescador. -Guiña un ojo, su risa se distorsiona hasta llegar a un tono sarcástico.

-¿Vos crees en la magia?

-Yo creo en las cosas que desconocemos. -Señala el río, su brazo es una extensión del cuerpo, rubia y presenciadora, remite un espacio en el tiempo, músculos moldeados por el tiempo-. Se escucha una leyenda por esta zona.

-¿Cuál?

-Qué sé yo, hay... ¿cómo decirlo?, un pequeñito amigo que ayuda a que la cosa sea más fácil. -Se levanta, acerca su caña deportiva a la costa del río, casi al borde-. Mirá.

Yo miro, no puedo hacer otra cosa que eso, la duda revoloteaba su fragancia por mi piel. Nata endereza la espalda. De pronto, empieza a aplaudir, como si siguiera algún ritmo o recordara algún patrón. El río dejó de fluir, el contorno se deformó en una cúpula burbujeante, podía sentir una catarata de nieve por la espina dorsal. Me sobresalté, las piernas obligaron a pararse. El mismo miedo, visualizo la advertencia de Pomo en mi mente.

-Quedate tranquilo, un amigo... ¿no te acordás?

Natael estiró nuevamente el brazo, una confianza, como recalaba siempre que podía. Del monstruo salieron tres mojarritas, brincaron. Una máquina expendedora, pensé, quedé impactado. Tecnología de última punta (¿brujería tal vez?).

-Ayuda a todos -dice Natael con la seguridad de su palabra-. Intentá vos.

Estiro los dos brazos, esperando la recompensa. La energía del momento me sitúa en un frenesí de dopamina, solo podía esperar lo mejor. Algo brincó del contorno del agua, la luna sombreaba el objeto negando reconocerlo entre el aire. Sentí su frío tacto, una estructura rara, como si solo fuera una masa impotente. Lo manoseé, abrí los ojos, las pupilas rotaban buscando un sentido a reloj, la garganta rebalsó de una saliva caliente pronosticando el vómito: los dos de Pomo estaban fríos y al punto pálido de un cadáver.

La barrera imaginaria había reforzado su espesor con otra hilada de diferencia. El río comenzó a fluir nuevamente. Miro mi palma, localizo las líneas dactilares, los callos, el polvo grisáceo que marca la vejez, la sed en mí. Ayuda a los desamparados hasta que ya no quede una mala persona en este mundo. Te odio, te he odiado desde que palpé la espalda de Pomo, y ahora que tenía parte de él merodeando entre mis dedos: exploté en una furia incontrolable.

METAMORFOSIS DE UNA MARIPOSA AMARILLA

Milton Engelland

Tu mano, tu mano llena de óleo viejo, tinte explayado sobre la corteza de manera impresionista, se estira en el intento de atrapar una mariposa que revolotea inocentemente en el parietal de la esquina Besso y Colomba (concurrida forma de indicación). La acción inconclusa funciona como sinónimo de la textura del lugar, un espectro de valores amplio definido por un tipo amargo sentado atrás del mostrador.

Cuando intentaste tomar la mariposa amarilla me dio una suerte de gracia, no puedes y no puedo, tú tienes los brazos demasiado cortos, por supuesto. Yo, por mi lado, amada, admito que carezco de intención. Podemos pasar horas jugando como niños tontos y enredar mis dedos sucios en tu cabello, saltar como locos entre las raíces de los sauces, pero te prepongo algo: si cierras los ojos y consigues atraparla, procederás metódicamente a dejarme justo aquí plantado, mis pies echarán raíces y pequeños bichos bolita saldrán de mis oídos. En cambio, si yo logro hacerlo, serás tú la que se convierta en tierra, hojas secas que caen lentamente como el intervalo unísono del llanto, y moriremos. Consecuentemente, si ambos lo conseguimos, haremos el amor, nuestra piel se convertirá en la añorada metamorfosis del silencio, el tacto rugoso de tus manos se fundirá en el agua hirviente de la palabra y procederé a besarte, mientras el tipo de los ojos caídos da el último sorbo del mate frío, las mariposas salen disparadas huyendo de sí mismas, enredándose en los hilos de oro que cuelgan del techo, entre que la única boca de luz se cierra lentamente y las malditas mueren.

Pronto, la idea del conjunto también muere. Mis manos frías están vacías y, al mismo tiempo que escribo tu recuerdo, fallezco manchando de sangre tu vestido amarillo, mariposa.

Fin domani, amada. Tu piel y la mía ya muertas, mutaron a papel manchado de café y el óxido de algunas baratijas situadas en la mesa de la sala de música. Luego del mandato permanece la desavenencia del que calla con la imposibilidad del que no habla e intenta escuchar. Mirar sus ojos que divagan del proceso en el espacio entre lo ajeno, lo propio y la mirada. La invasión de lo mío en comunión con el cielo por no mirarme, la forma de enseñanza preestablecida caminando en el lomo de un ciempiés rengo. Se mira una vez más, parte en llanto, y yo intentando hablarle a un niño que no habla, amar a una mujer que no ama, mientras el pequeño intenta decir «te amo» a una mujer que lo ama por no decir.

Te amo, nuestras pieles se caen, pequeño, tú recoge mis raíces y yo tejeré la idea. No te asustes, el señor de los ojos abotonados no deja de mirarme, pero tú sigue apilando que me encargaré del gesto. Sus palomas blancas

danzan en conjunto atravesadas por un bastón color madera sapeli. Mi rodilla aún no está lista, pero quien cose sus ojos quiere compañía. Volveré pronto cuando nuestras cabezas se sumerjan en el lago y los gusanos de mi rodilla no puedan respirar.

Imanoel tomó mis ojos al subir a un pequeño barco de papel. El viento embalsama el pájaro, el pájaro embalsama el viento y el llanto, amargo, cambia su carácter a la diversificación de una pequeña semilla carente de lago. El niño pide permiso, estira su mano en el intento de atrapar una pequeña mariposa amarilla que revolotea ansiosa sobre las cuerdas de un piano Verdi. La acción concluida desata lágrimas azules en la piel seca de un rostro siena. Los márgenes del Bermellón juegan a la Sardina, se miran, se destapa una lata de pintura, nacimiento de orugas y bichos que mueven sus cabezas, la palabra se besa con el afluyente donde flota corteza de un sauce que aún dibuja tu figura danzando.

Pronto, la idea de amarnos nace, tus manos toman las mías y el recuerdo fallece manchando de vida el mariposario donde yacía tu vestido amarillo, tu barco de papel y mi mariposa.

NO SÉ MUY BIEN

Carmela Trejo Rodríguez

¿Qué hace a una persona, persona? Capaz que no tenga patas, ni pezuñas, ni plumas, ni escamas, ni tres ojos, ni cuatro patas, ni trompa, ni pétalos, ni pico, ni aletas. Capaz que no sea un monstruo tampoco, que no asuste a nadie ni gruñe ni se quede abajo de la cama o dentro de un placard.

La verdad no estoy segura si sé quién soy, no tengo la mínima ni la máxima idea. Cuando era chiquita dibujaba todo el día y me decían «artista», dejé de dibujar porque me interesó la cocina y entonces me decían «cocinera». También cambié mi corte de pelo muchas veces y me dijeron «loca» -no entiendo bien esa relación, pero no importa-. Mis compañeros en el primario me decían «gorda». Para entrar a la secundaria me sentí obligada a bajar de peso y me dijeron «flaca escopeta», se supone que debía parecerme un halago, pero me ponía incómoda. Siempre que gano algo, mi mamá me dice «campeona», pero cuando pierdo solo se queda callada, no sé qué soy ahí, porque no dice nada. Creo que me molesta que todo sea blanco o negro. Hace unos meses me corté el pelo muy cortito y cuando voy a un kiosco me tratan de «pibe», hasta que escuchan mi voz y me piden perdón. «¿Perdón por qué?», siempre les pregunto, y no saben qué responder.

No sé muy bien quién soy, pero si fuera algo acumulativo parece que sería una artista, cocinera, loca, gorda, flaca, campeona, nada, nene... por ahora.

Yo pensaba que para etiquetas estaban las góndolas del supermercado. Con razón a mí siempre me gusta ir a ferias, la caja de "todo por 100 pesos" no distingue géneros y la señora que lo vende solo quiere sacarse todo de encima y no te va a decir algo como «no te lleves ese que te hace parecer muy gorda» o «eso es de hombre»; siempre te dice que todo te queda bellissimo, y eso me encanta.

No estoy segura de que una forma de definirse sea con los adjetivos que te escupen las personas que te rodean, pero capaz el problema no está ahí, sino simplemente en buscar tanto definirse. Creo que es muy aburrido elegir ser solo una cosa, o lista escasa de cosas, en la vida. Siempre te vas a chocar con una dualidad. Para mi abuela muchas veces soy irresponsable y poco adulta, aparte de «una chinita rebelde» -léase entre dientes: chinita rebelde-, pero para mi hermanito de 6 yo soy una superheroína de las más valientes de toda la galaxia. Y es que definirse es como ir a la heladería y comprar solo una bocha de helado. No sé si es posible, directamente. ¿Te imaginás ser una sola cosa y hacer solo una misma cosa el resto de tu vida? Parece una tortura china. Creo que buscar estabilidad en un mundo donde todo está en constante cambio y nunca hay dos atardeceres iguales es totalmente ilógico. Y eso que a mí me encanta lo ilógico, los cuentos fantásticos, imaginar lo inimagi-

nable, y desde que vi Alicia a través del espejo intento pensar 6 imposibilidades antes de empezar el día. Pero hasta ahí llego, definirme ya sería mucho.

No sé quién soy, tampoco sé muy bien qué somos con Julia. A mi mamá se la sigo presentando como una amiga, pero mis amigos se ríen si le digo a Julia: «amiga», y me pongo roja como un tomate cherry en julio.

Según lo lógico, Julia no es ni un animal ni un monstruo, es más, yo la definiría como un desborde de cariño, y si en el más remoto de los casos tuviera que asociarla con un animal, pensaría en un picaflor, porque cuando salimos a caminar le gusta frenar a mimar las flores, las roza con las yemas, casi que haciéndole cosquillitas, y les desea un buen día. Yo me río mientras simulo al compás un piano con mis dedos en su hombro, haciendo una caricia melódica para darle la señal de que deberíamos seguir caminando. A lo bajito, mientras no deja de mirar la flor, le recuerdo: «ya tuvo un buen día desde que te vio».

Hoy caminé con ella de la mano, como es usual, pero le dijeron cosas feas. De nuevo, ilógico. Una persona se frenó en medio de su caminata para preguntarle cuáles eran sus genitales, de una forma más violenta de lo que me animo a escribir. No sé si será algo nuevo, porque se cansó de comentar sobre el clima, pero no me pareció muy apropiado, al igual que su mirada de desprecio y el asco con el que le dijo: «animal». Un rato después nos dimos un beso, y desde la punta de la otra cuadra una persona se dio vuelta, dejó de ir a donde iba, agarró aire y nos gritó: «monstruos». Nunca me lo habían dicho cuando nos dábamos besos en el cachete ni cuando le daba besos a personas que parecían más “masculinas”. Yo no entiendo muy bien por qué nos dijo monstruos, nosotras no tenemos patas, ni pezuñas, ni plumas, ni escamas, ni tres ojos, ni cuatro patas, ni trompa, ni pétalos, ni pico, ni aletas. No asustamos a nadie ni gruñimos ni nos quedamos abajo de la cama, y mucho, mucho, mucho menos, dentro de un placard, porque ahí no volvemos más.

Los textos que habitan este libro nos invitan a recorrer caminos inesperados que despiertan todo tipo de sensaciones. Son textos jóvenes, hechos de esa juventud. En sus concepciones, en sus formatos, en sus estéticas, en sus narrativas y en sus poéticas, nos devuelven una pregunta sobre todo aquello que podría ser de otra manera.

Hay algo en estos escritos que portan consigo el carácter de lo infinito. Infinito como ese desborde que nos invade cuando sentimos que la palabra es eterna, porque nos pone en contacto con la cualidad primordial del mundo: la diversidad. Porque, así como el infinito, la diversidad es aquello que permite que se expresen todas las posibilidades. Y si infinito es aquello que no puede morir, entonces podemos decir también que la diversidad es lo que nos permite seguir viviendo.



nos
llevemos
mejor

